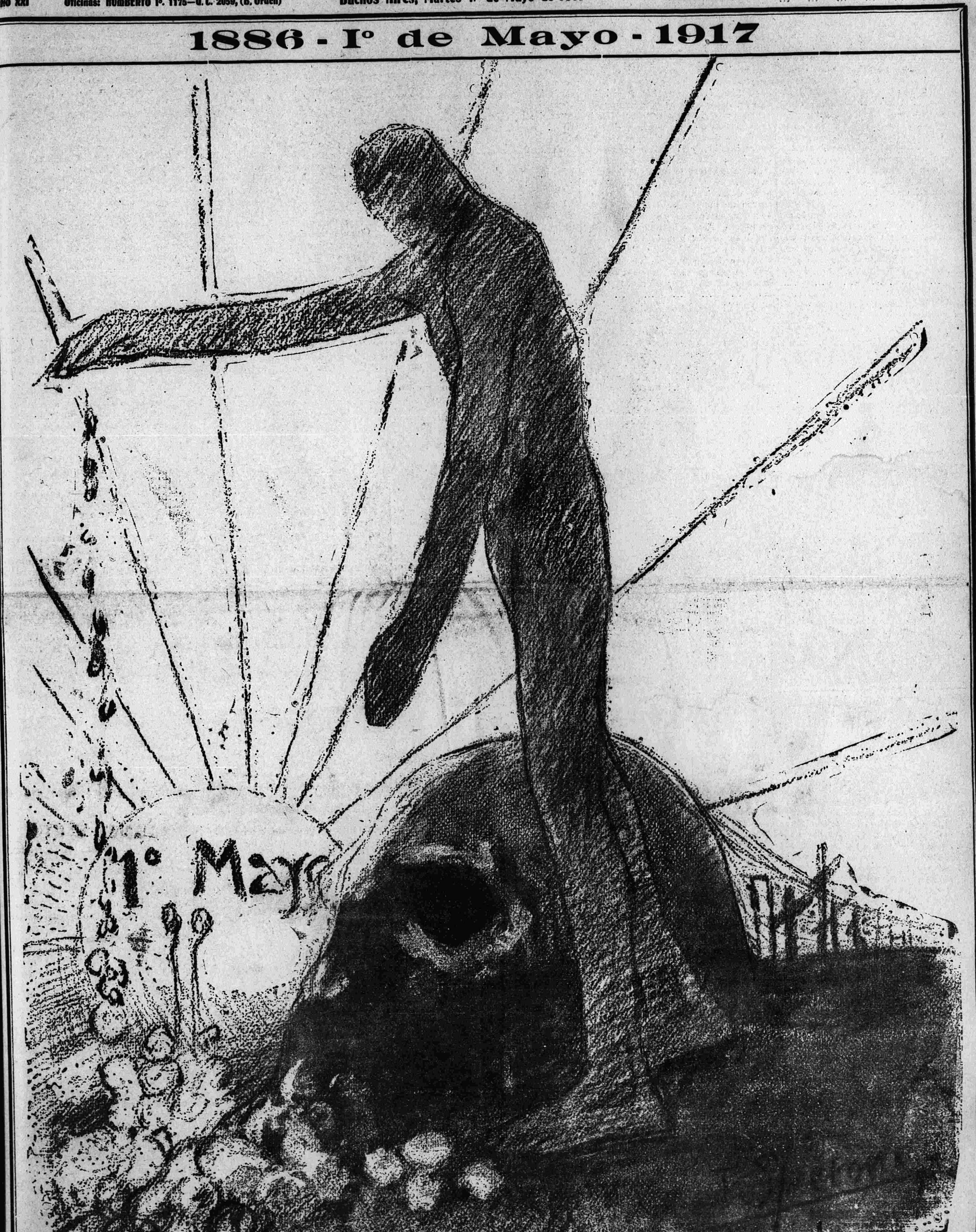
LA PROTESTA

Año XXI — Oficinas: HUMBERTO 1º. 1175—U. T. 2059, (B. Orden) — Buenos Aires, Martes 1.° de Mayo de 1917 — Precio 0.05 centavos — (Porte pago) — Núm. 3056

1886 - 1º de Mayo - 1917



El hombre sembró el Bien sobre la tierra virgen: la Humanidad cosechó el Mal, en los surcos, que removió el Tiempo enterrando el odio y la vileza que brotó cual la cizaña en medio de los trigales... Y hoy, el símbolo de todos los humanismos cayó por tierra despedazado. Surgió a la superficie el polvo de épocas milenarias y revivió en el Hombre la bestia instintiva del Pasado. El odio y la iracundia oscurecieron el presente, tendiendo un negro crespón sobre el Futuro. ¡Mayo! ¡El Mayo redentor de los pueblos sufrientes! ¿Que significado tiene para la Humanidad en este bochornoso momento de la Historia, n este minuto de la vida de los hombres que se revuelcan en el cieno de la vileza? ¡Oh, quien pudiera contemplar la apoteosis final de la Tragedia!.

Los heroes de Chicago

(Párrafos de una crónica)

....

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad a los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, a alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigándolos negándoles el trabajo que para ello es la carne, el fuego y la luz, echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabeza de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; reduciéndolos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

... ...

Y no en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado de balísticas.

... ...

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la república, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burla y llanamente, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los puños, y luego hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del «Arbeiter Zeitung», escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa; razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el «Alarm», el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y se complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir crsitiana se prendía de la cruz, v él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de su levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el incentivo de su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

... ...

Engel, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, y él a la cabeza de una compañía: e iba de un grupo a otro; asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: era miembro del «Lerh und Wehr Verein», de que Spies era también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Sprigfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el «gran rebelde», el «autónomo».

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhsurer o Lohengrín, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

....

«¡Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!» —«Porque — responde Fischer, — clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos,— «creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador, — y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!» «¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, estás leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiemblas, Engel!» — «¡Temblar porque me han vencido aquellos a quienes yo hubiera querido vencer? Este mundo no parece justo; y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas quiero vino de Oporto!» Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el «Arbeiter Zeitung» el universo dichoso, color de llama y de hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: «Sí, Alcaide, beberé un vaso de vino del Rhim!»... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de «La Marsellesa» que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de blico, vivos en medio de las llamas, lóbregos muros parecían, como el bícuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaíde y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse, que es aquella la hora!

Salen de sus celdas al pasadizo angosto: ¿Bien? — «¡Bien!» Se dan la mano, sonríen, crecen. «¡Vamos!» A' Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero; les echan por la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica su frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñando por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo...

José MARTI.

HOY

Un año más que pesa como una maldición sobre nuestros hombros, encorbándonos, aviejándonos, sin importarnos la tragedia de 1887, allá en Chicago.

Treinta y un años desde la defensa gravitando a horcajadas sobre el pueblo, y éste, apenas si un día de cada 365, rememora a los colgados en racimos, porque así le convino al Estado y al capital, 17 meses después, en que el proletariado norteamericano pagaba con cinco víctimas, la protesta a un hecho burgués, reunidos pacíficamente en la plaza de Haymar-ket.

372 meses han corrido por nosotros indignándonos en un día unos instantes para olvidarlo más tarde, hasta otro año que tornemos a sentir la indignación metódica, intraducible, en un gesto airado, definitivo, para la gran tragedia.

135.782 días en muchos de los cuales han vuelto a caer hermanos nuestros sin que haya llegado hasta nosotros el germen de la revuelta para la venganza que es justicia, en desquite de la afrenta, haciéndose eterna, burladora, pantominesca y autoridiculizándonos por nuestra apatía y degenerándonos hasta el sometimiento.

Efeméride social que la han hecho, que la hemos hecho efeméride política, cristiana, culpable, y que desdice nuestro pregón de amor a la justicia, que invierte los términos libertarios pregonados por labios mustios y cobardes en error de valentías. Aniversario místico sin acción, cuando debiera ser de eco de tragedia, volutas de revolución, revolución misma en epopeya de triunfo, como única flor de nuestras manos a sus tumbas, no de héroes, pero sí de víctimas de la libertad.

Aquellos hombres sacrificados a la sociedad burguesa, iniciadores de una era libre, impulsadores de la transformación social, cada año, a plazo fijo nos hace recordar a hechuras de rito mitológico, el martirologio de los que sucumbieron, y es triste, cobardemente triste, que ya que no supimos vengar la afrenta cualquier día de los ya idos, al menos, en este que vence un año más de la tragedia, no debiéramos gimotear de dolor, sino asaltar peleándolo, a los verdugos para el buen desquite.

¿Y entonces?

Como un haz de rayos, aquí los desposeídos, en avalancha indomable que precipite al abismo, el absurdo sistema que llevó a la horca a los bravos que en Chicago, iniciaron la jornada de la libertad.

Aquí los hambrientos, haciendo de sus cuerpos lanzas, de sus gritos voz de batalla, de su vida gérmen precursor, para que a la luz del nuevo día, resplandezca el sol de las grandezas en apoteósis de triunfo.

¡Como una galerna los odios acrisolados!

Altivo el gesto y retadora la mirada, mientras el puño caiga pesado sobre el cráneo del eterno enemigo. Antorcha y hacha: luz que incendie y filo que hiera en este abordaje supremo y definitivo.

A precio de vida hay que obtener la libertad, como en un desquite de desprecio. Lo quieren, es preciso. ¡Hay que ser hombres, o fieras, o rayos!

¿Entonces?

Aquí los desposeídos, como un haz de rayos, en avalancha indomable que precipite en este primero de mayo, el absurdo sistema que llevó a la horca, a los bravos que en Chicago, iniciaron para el mundo proletario, la era de la libertad.

Julio AMOR.

El dolor de los pueblos

Germina el dolor en el seno de las humanas colectividades: el dolor que agobia, el dolor que mata, el supremo dolor parido en la noche social de los pueblos embrutecidos, de los pueblos que amasaron la vileza en las cavernas morales del pasado...

El dolor se ha traducido en interminable clamoreo. Sobre la tierra enrojecida en sangre, se erige el altar de los odios: la humanidad no ama, porque de tanto sufrir petrificóse el corazón del Hombre. La civilización, el progreso, la cultura, son pingajos risibles que enarbolan en la punta de las bayonetas los bárbaros del Militarismo. Sobre el mundo moral de los pueblos aletea fatídico el agorero pajarraco del Clericalismo: resurge en el «alma» caótica de los hombres, la moral primaria de los fanáticos adoradores del dios absurdo. Y en medio de ese fárrago de inconsecuencias, en ese maremagnum de pasiones, pocos, muy pocos son los hombres que se mantienen firmes en su puesto de combate: la ola formidable de los odios derrumbó en un momento lo que costó siglos de lucha y sacrificios.

El dolor parece haberse encarnado en la naturaleza humana; los pueblos lo admiten como un fatalismo imposible de ser determinado; lo proclaman los impúdicos sacerdotes de la Religión, lo explotan en su beneficio los mandones, comercian con él los que hacen de la vida el más bochornoso de los mercantilismos. Y los hombres, que no saben más que del dolor, que creen haber nacido para el sufrimiento se esfuerzan en sembrar de abrojos la senda de su vida doliente...

¡Contemplad el espectáculo que ofrecen los pueblos! Un gemido prolongado anuncia el estertor de miles, de millones de vidas que caen violentamente... Truenan los cañones, las balas de los obuses roturan la tierra en profundos surcos que atraviesan las capas geológicas: cual si quisieran sacar a flor el polvo de las épocas milenarias. Y sobre las ciudades en ruínas, los campos debastados y la tierra calcinada por el fuego de metralla pasan los ejércitos avasallantes: los ejércitos de la patria que defienden la civilización, el progreso y la libertad de los pueblos. ¿Alcanzáis a comprender todo el dolor que reviste el panorama que hoy nos ofrece el mundo civilizado? ¿Alcanzáis a medir el contraste que nos ofrece esta sociedad envilecida, en su insensatez y en su locura, al pretender civilizar matando, y defender la libertad y el progreso con la punta de las bayonetas, con el mortífero salivazo de los cañones, monstruos que en su estridencia, pregonan la muerte y el exterminio?

El dolor va gestando las humanas desesperaciones; el dolor ha endurecido el corazón de los hombres de hoy, de los hombres enloquecidos por el choque brutal de las pasiones. Y ante la seriedad del presente se encubre la tragedia del futuro. Nuestros hijos, los hombres del mañana, heredarán nuestra seriedad, porque son engendrados en momentos de amargura suprema, porque serán amamantados con el dolor que vive en el seno de las madres, y sus labios permanecerán mudos, estériles para la sonrisa: labios en los que se reflejará la humana tragedia de los siglos.

Emilio L. ARANGO.

Buenos Aires, mayo de 1917.

El evangelio de la riqueza

Original en extremo me resulta cierta filosofía de baratillo que por esos mundos circula, causando no pocos desastres en las mentes brumosas y en los caracteres indecisos, y que por lo utópica y descabellada puede parangonarse con el «amaos los unos a los otros», de Jesús en una organización social que fatal e ineludiblemente produce la antítesis de esta frase, es decir: «odiaos los unos a los otros».

Es la filosofía, o llámese como se quiera, del misántropo Carnegie, caritativo millonario que, avergonzado de sus millones, obtenidos de manera escandalosa e injustificable, se ha impuesto la tarea de restituir en parte lo que ha sustraído a la comunidad, fundando al efecto bibliotecas, laboratorios, institutos, sociedades de auxilio, de beneficencia y todo el artificioso mecanismo empleado por las «clases altas» para torcer las tendencias de los desposeídos y enredarlos al mismo tiempo en las redes de la caridad.

Su finalidad no es, como pudiera creerse, la de anular por completo la vergonzosa diferencia entre pobres y ricos, problema social que exige la más inmediata de las soluciones, instituyendo a todos por igual en propietarios de la riqueza social, (nada de estas finalidades que apestan a socialismo o cumunismo) sino que desea, simplemente, «administrar la riqueza de tal modo que se establezcan vínculos de fraternidad entre el pobre y el rico». O lo que es lo mismo: entre el lobo y el cordero.

Como todos los que de su clase se han metido a redentores, se lamenta porque se halla, o supone hallarse, en la imposibilidad de cambiar el presente régimen social por otro más armónico, sosteniendo que, «somos incapaces de originar una transformación, y por consiguiente, debemos aceptar y «aprovechar lo más posible» el desconcierto actual, porque criticar lo incriticable es perder el tiempo».

Llama la atención el hecho curioso de que pocas líneas más arriba afirma rotundamente que el caos en que nos vemos envueltos ha sida debido a una transformación completa en las condiciones de la vida humana».

Su ceguedad es incomparablemente grande. Tiene ocasión de constatar que las condiciones de la humanidad son susceptibles de modificarse merced a un cambio en las costumbres y hábitos de los individuos y a renglón seguido niega esta posibilidad, alegangando que «somos incapaces para ello».

¿Incapacidad? ¿Cómo es posible, entonces, que el cambio en nuestras instuciones háyase efectuado por el esfuerzo de los hombres, sieendo, como cree, impotentes para tan magna labor?

Afirma luego, que esa transformación humana consiste en la división del trabajo, causada por la aplicación de las máquinas, que hace acumular en espacios reducidísimos, grandes cantidades de obreros manuales, originando así, muchos males sociales, uno de los cuales es el violento contraste que se nota entre la vida del potentado y la del harapiento.

Pero, ¡cosa rara! lojes de deplorar esta consecuencia y atacar sus causas, aplaude de la mejor voluntad el debarajuste capitalista y llama «admirable desarrollo material» a la espantosa miseria que sufren las nueve décimas partes de la población mundial. Defiende con calor a la «ley de competencia», a la que asigna una importancia inmensa en nuestra evolución, y dice de ella que: «nuestro admirable desarrollo material, nuestra civilización y nuestro progreso se deben a esa ley, y sea o no benéfica, es lo que es, y no podemos evitarlo: con nada puede ser sustituída, y si a veces es dura para el individuo, es buena para la especie, pues asegura selección de los mejores en todos los órdenes».

La ciencia hace mucho que ha dado su palabra sobre este punto y por cierto que su fallo no se aviene en nada con la conclusión de Cornegie, puesto que ha demostrado, como dos y dos son cuatro, que la felicidad del individuo es idéntica a la de la especie, y que si así no fuera esta última no solamente no hubiera podido avanzar y progresar, sino que ni siquiera existiría.

Carnegie, rechazando a la ciencia, y despreciándola con su afirmación ilógica, supone que el bienestar del individuo no corre siempre paralelo al de la raza, siendo a menudo antagónico.

Supongamos diez frascos conteniendo todo ellos tinta negra, coloquemos el contenido en esos diez frascos en un undécimo frasco. ¿Será blanca la mezcla? Imposible, ¿verdad? Pues para el misántropo Carnegie, es posible.

Cien mil, un millón de individuos sufren privaciones y hambres sin cuento; el conjunto de esos cien mil o un millón de seres desdichados e infeces constituyen un pueblo o comunidad feliz o dichosa, sin hambre ni privaciones de ningún género. Desentrañe, el que se sienta con fuerzas para ello este geroglífico.

He ahí a donde ha venido a parar Carnegie, por cerrar obstinadamente los ojos ante la luz de la verdad y interpretar el mezquino bienestar de una clase fuerte y adueñada del poder como una felicidad social que alcan-

AÑO I — BUENOS AIRES, 13 DE JUNIO DE 1897 — NÚM. 1

LA PROTESTA HUMANA

Periódico Anarquista

SUSCRIPCION
Semestre ... ... $ 1.00
Año ... ... $ 2.00
Paquetes de 25 ejemplares 1.00
Pago adelantado

APARICION QUINCENAL

Número suelto - CINCO CENTAVOS

DIRECCION:
G. Lafarga
Casilla de Correo 1227
BUENOS AIRES

A los compañeros

Contra lo que nos habíamos propuesto, debido a la falta de medios pecuniarios, LA PROTESTA HUMANA, por el presente, no puede aparecer semanalmente, y aparecerá cada quince días durante el tiempo que tarde en recolectar una regular cantidad por suscripción voluntaria destinada a la creación de un fondo de reserva para asegurar la aparición semanal.

Los compañeros que han satisfecho el importe de la suscripción por un trimestre, les valdrá ahora por seis meses

REDACCIÓN

En la brecha

El título del periódico que ofrecemos al público es bastante expresivo para dar una idea de los propósitos que abrigamos.

Animados por un ideal de magna justicia, venimos a ocupar un puesto en la brecha, en donde se lucha con heroico entusiasmo por la emancipación de los pueblos.

La maldad triunfante nos ha hecho sedientos de justicia; el estado de opresión en que vivimos nos hace amar a la libertad con delirio, la generalización de las ciencias ha contribuído en hacernos hombres conscientes.

La observación y el estudio nos han revelado la causa de la terrible dolencia que aqueja a la humanidad: ella está en la existencia de la «Autoridad», y a esa plaga oponemos nosotros la «Anarquía».

De nuestros ideales deseamos hacer partícipe al público inteligente, exponiéndolos con la mayor claridad posible y defendiéndolos con lógica argumentación.

Pertenecemos a la «tripulación» de la carcomida nave «Sociedad», que navega en mar revuelto. La «oficialidad» pretende aprovechar nuestras fuerzas para dirigir el buque hacia el puerto de la «Reacción», en donde ella en denigrante esclavitud. Nuestros esfuerzos tienden, pues, a oponer firme resistencia al rumbo «oficial» y dirigimos decididos hacia las playas donde resplandece el sol de la «Libertad».

Y al venir a ocupar un puesto en la brecha, LA PROTESTA HUMANA saluda a cuantos aman la verdad, a los que trabajan por la emancipación de los desheredados, a los que luchan por la desvinculación de los privilegios, a los que preparan la participación equitativa de todos en el patrimonio universal, a los que sufren por la conquista de esos ideales, y, por último, a la prensa que se dedica al estudio de la cuestión social y a la que cuyos esfuerzos tienden a generalizar los progresos de la ciencia para anular la fuerza terrible de las preocupaciones adquiridas.

LA REDACCION.

EN DEFENSA DE NUESTROS IDEALES (1)

«La Comarca», de Bisbal, órgano del partido democrático federalista de dicha población, ha publicado un largo artículo, debido a la correcta pluma de D. F. Flores y García, en el cual se pretende demostrar que la anarquía es una «bellísima locura».

Siendo el trabajo en cuestión uno de los pocos que se publican de buena ley, conociendo el articulista bastante las teorías que se combaten, aduciendo atendibles razonamientos en apoyo de su tesis, y no una sarta de insultos, como muchos emplean para desprestigiarnos a los anarquistas ante la pública opinión, creemos procedente salir en defensa de nuestros ideales, tanto más cuanto conceptuamos que el razonado análisis de una idea hace verdaderamente mella en el ánimo del lector, lo que no consiguen las diatribas insultantes.

Al entendimiento y a la razón, se dirige el escrito del señor Flores y García; a la razón y al entendimiento apelaremos en nuestra defensa. Y júzguese después si perseguimos una obra humana, posible de realización, o una vana quimera.

———

Seguiremos al articulista para controvertirle, en el orden mismo que ha desarrollado su tema.

Comienza el señor Flores por afirmar que la Anarquía es una aspiración muy bella, pero impracticable, porque los hombres no son ángeles, sino seres en cuyo corazón germinan el crimen, la traición, el vicio y la envidia; miserias y pasiones «que trae el hombre consigo dentro de su ser al venir al mundo»; añadiendo que si el hombre es la obra de Dios a él sólo le es dable modificarle, y si de la naturaleza sólo ella puede cambiar las leyes constitutivas de su existencia.

No creemos procedente discutir si el hombre es obra divina, porque lo sobrenatural es cuestión de fe y la fe la pintan con los ojos vendados y nosotros a lo que vemos únicamente podemos atenernos.

El concepto que resulta analizable es este: «el hombre es malo por naturaleza». ¿Cómo puede probarse? Por sus pasiones, por sus vicios, por sus crímenes, dice el señor Flores. Y nosotros innegable: que la inmensa mayoría de la humanidad es buena hasta el exceso, si puede admitirse la exageración de la bondad. Siendo los hombres por naturaleza malos, ¿podrían los medios autoritarios sujetarles constantemente a procedimientos buenos? Malos serían los que mandaran y malos serían los que obedeciesen. No podría producirse más que maldad; y sería un contrasentido que una cosa mala produjese algo bueno. Admitiendo que los buenos impusiesen la ley a los malos, se probaría que serían más los buenos y entonces tendríamos nosotros razón. Además, en la propia conciencia sentimos que dominan los afectos generosos. Nuestras familias, nuestros amigos, nuestros conocidos, ¿no revelan en la intimidad y en los actos externos que son buenos? ¿No señalamos también al individuo que, por rareza, se nos presenta repulsivo por malas inclinaciones? Y esto, que es la normalidad de la vida, ¿no es una prueba de la bondad humana?

Por otra parte, si examinamos algo las causas productoras de la criminalidad, ¿cómo podremos deducir la maldad natural, cuando la ignorancia, la miseria, la propiedad, el autoritarismo, la irracional cohibición de las pasiones, el estado de violencia en que han puesto a la sociedad las clases privilegiadas arrojan cada día sus víctimas a las cárceles? Y estas no son causas de naturaleza, sino de sociedad; como tampoco es prueba de que los castigados sean malos, sino precisamente desgraciados que han sufrido los efectos de mala condición social. Lo que sí es pasmoso por toda ponderación, es que todavía haya gentes de bien cuando el ejemplo es tan pernicioso. La suma miseria en unos y el espectáculo irritante de derroche de riquezas en otros; la honradez menospreciada y el dinero respetado y enaltecido; el trabajo puesto en condición envilecedora y penosísima y la holgazanería nadando en el fausto y el placer; para unos siempre el mando, para otros la obediencia; nuestras familias continuamente suspirando y gimiendo por carecer de lo indispensable, y las de los ricos llegando al tedio por no saber qué hacer ni en que emplear el tiempo; todo ello, ¿no excita la pereza, el fastidio, el embrutecimiento, la envidia innoble y el deseo criminoso? Y esto, ¿viene de naturaleza o de instituciones criminales que producen la explotación del hombre por el hombre?

Cuando no se vea el caso de que un hijo mate a su padre porque, en provecho de otro hermano, vese desheredado y sin recursos para vivir; cuando las mujeres no se vean precisadas a prostituirse para la conservación de sus existencias, cuando no haya acechadores de honras para matar el tiempo; cuando no haya tanto bribón ensalzado y tanto pobre aborrecido, entonces podrá hablarse del instinto natural hacia el crimen, sí criminales quedan; en tanto, no hay, no puede haber justicia en tratar de criminales a los delincuentes, porque es ya una vulgaridad saber que de pobres y desgraciados están llenas las cárceles, y que los ricos y grandes bandidos se pasean impunemente y la sociedad les respeta.

Podrá haber algún caso criminal por naturaleza, pero por deformidad, por organización defectuosa, como se produce el idiota, el loco, el escrofuloso, el sordo-mudo, el ciego, el paralítico, etc., y estos casos, ¿bastan para sostener que nacemos con tendencia al mal? ¿estas excepciones no confirman la contraria regla general?

Por lo expuesto, pues, negamos la afirmación del señor Flores y García, y sostenemos que: el hombre no nace bueno ni malo, y se acomoda al medio en que vive; que en los tiempos bárbaros, no por maldad, sino por las condiciones en que había de vivir era bárbaro; que a medida que sus conocimientos se han multiplicado y por ellos proporcionándose más comodidades y garantías de subsistencias con menos falta, suavizándose sus costumbres, se ha civilizado, lo cual prueba también la capacidad y tendencia al bien, no al mal; y que hoy, a pesar de que la sociedad es tan mala, relativamente al progreso efectuado ya en los cerebros, el hombre se desarrolla bueno en aptitud bastante para portarse dignamente en una sociedad anárquica, una vez desaparecido del mundo la oprinosa y degradante dominación del privilegio.

Y esto que consideramos irrebatible, destruye la premisa sentada por el señor Flores y García, de que el hombre es por naturaleza malo, y, por tanto, fáltale ya a su trabajo una base fuerte en que apoyarse.

Por lo demás, el señor Flores no ha pensado tampoco en una consecuencia lógica: si su premisa fuese admisible, que ya se vé que no lo es, ¿cómo pensar en la posibilidad de la perfección humana? No se salvaba ciertamente la Anarquía; pero tampoco lográbase nada para la república democrática federal, que nos presenta como eficaz panacea, ya que siempre «en el corazón del hombre germina el crimen, la traición, el vicio y la envidia»; porque aún sin ser ángeles los hombres, necesítanse para la república hábitos de libertad, nociones de derecho, principios de justicia, que rechazarían «la naturaleza humana» si fuese tan perversa, como nos la pinta el señor Flores, tan dejada de la mano de Dios, que, por ser este principio de bondad suma y de indudable justicia, según opinión de los creyentes, buena, buena resultaría su obra. Nosotros nos contentamos con admitir la naturaleza tal cual es, y procuramos establecer la sociedad humana en armonía con ella, lo que nos parece más cuerdo que la funestísima locura de vivir vida ficticia y desesperante sólo por mantener una orgullosa supremacia.

Consecuente el Sr. Flores y García en sus creencias religiosas, nos dice con toda seriedad:

Toda justicia viene de Dios, y como el hombre no sabe recibir esa justicia de tan alto, de aquí la necesidad imperiosa del gobierno, de las leyes: del principio de autoridad, en una palabra».

Mucho saber es ese, de que la justicia viene de Dios, y podríamos sospechar de la veracidad del señor Flores, ya que a continuación nos dice que el hombre no sabe recibir esa justicia de tan alto, a no ser que él sea uno de los afortunados escogidos para recibirla. Nosotros no podemos discutir creencias que se apartan de la razón natural, pues no somos peritos en teología. Sin embargo, objetaremos: si toda justicia de Dios viene, y el hombre no sabe recibirla de tan alto, ¿quiénes son esos hombres que aplican la justicia en la tierra? ¿Son seres como nosotros o no? Si lo son, y como tales hombres no han podido recibir la justicia de lo alto, y, por tanto, ignoran lo que es justicia, ¿cómo se atreven a abrogarse la facultad divina e imponen una cosa que no entienden? Y si no son hombres como nosotros, ¿cómo probárnoslo? Porque nosotros no advertimos la diferencia. La sana lógica debe aconsejar que creyendo en Dios, sólo él sabe y puede administrar la justicia. Los hombres son todos pecadores acá en la tierra, y, por tanto, impotentes para representar y aplicar la justicia. Aún quedaría peor la justicia humana, si se admitiesen las creencias del señor Flores.

———

(1) Por ser en todo tiempo oportuno, publicamos este interesante estudio que apareció en las columnas de «El Productor» de Barcelona. Es una brillante refutación a los párrafos de un crítico de la Anarquía, y una magnífica exposición de nuestros ideales.

(Continuará).

La mujer y la familia

Todo es egoísmo, cálculo, interés, en la sociedad. ¿Forma la familia una excepción a la regla general?

Este es uno de los temas más importantes; pues la constitución de la familia, al propio tiempo que está basada sobre la manera de ser de la sociedad, ejerce a su vez una gran influencia en la organización social.

A tal sociedad, tal forma de agrupación en la familia, podría decirse.

No se cambiará la organización de la sociedad sin aportar serias modificaciones a la de la familia.

Las mismas causas que enconan las relaciones de clase y engendran los privilegios y la opresión en la sociedad, obran en el círculo de la familia, suscitando con frecuencia la discordia, la maldad, en donde debería reinar solamente la solidaridad y el amor.

La forma dada a la familia viene a ser un baluarte del egoísmo, una fortaleza de la propiedad individual, a menudo vehículo que conduce al reinado del embrutecimiento, y, en todas ocasiones, una barrera elevada entre los hombres; barrera que nos divide y permite a los déspotas reinar entre ellos.

———

Sin embargo, apresurémonos a reconocerlo — la familia es algunas veces un oasis en el desierto de la sociedad actual.

Constituye una pequeña comodidad en la que cada uno trabaja según sus fuerzas y consume según sus necesidades. El fuerte, se afana por el débil, el adulto se desvela por el niño, el sano se consagra al enfermo, y eso se hace sin esperar beneficio directo de tales acciones; se ama y se presta mutuo apoyo, hallando en el cumplimiento del deber de solidaridad, la mayor de las recompensas.

¡Qué noches pasa la madre junto a la cuna de sus hijitos! ¡Cuántas veces ella o la hermanita mayor, renuncian al sueño cosiendo o arreglando cualquier pieza de vestir para el chiquitín querido!

Si debiera avaluarse según las reglas de la economía política el trabajo que la madre hace en casa, alcanzaría un precio incalculable; pero entonces el citado trabajo perdería todo su encanto. No se hallaría ni una sola mujer que quisiera realizar la centésima parte del mismo, si tuviese que pagársele en otra forma que la del amor.

Ningún padre de familia se resignaría a la esclavitud del taller, a las vejaciones del capatáz y a todos los sufrimientos inherentes a su situación proletaria, si no se hallara recompensado en parte por el amor de sus seres queridos de aquello que le arrebata la avaricia del patrón.

Pero el amor, el sacrificio, la solidaridad, no son patrimonio solo de la familia legal; todo lo contrario: una esposa ilegítima, una doncella madre, un amigo, son tan capaces, o quizás más, de sostener aquellos sentimientos que las personas casadas legalmente. Cuanto ma-

za a todos los mortales.

No quiero pasar adelante sin antes hacer notar en ese mismo soberbio parrafito, digno de figurar en un escrito de Malthus, un error en que incurre voluntariamente y a sabiendas el divertido millonario yanki.

«... La ley de la competencia asegura la selección de los mejores en todos los órdenes».

¿Qué podremos replicar nosotros a este nuevo desatino.? Nada nuevo ciertamente. La cuestión es vieja y mucho ha dado que hablar a los sabios. Pero podemos aventurar, sin temor a equivocarnos, que Carnegie, en su fuero interno, considera que solo es digno de llevar el título glorioso de seleccionado, aquel que más monedas consigue apilar en el transcurso de su vida. Es esta una cuestión de amor propio e interés de clase. Carnegie es millonario y como tal no puede considerar a los de su clase como unos grandísimos tunantes a menos de declararse a sí mismo un bribón de siete suelas. Es lo natural para él llamar seleccionados a los que hánse adueñado del poder económico por medio de la astucia y el engaño.

Leemos más adelante: «Si teóricamente fuése de desear un cambio, su realización cuadraría a un estado sociológico muy lejano. Nuestro deber es hacer lo que hoy es práctico: el progreso inmediato y posible en nuestros días y para nuestra generación».

Véase de qué manera, y porqué ocultos camnios, este evangelizante burgués se coloca a sí mismo la cuerda al cuello. En su mismo evangelio escribe:

«... Somos incapaces de originar una transformación, y por consiguiente, debemos aceptar y aprovechar lo más posible el desconcierto actual, porque criticar lo incriticable es perder el tiempo».

Confróntense estos dos pensamientos tan contraditorios y se verá la extrema volubilidad con que se expresa el hombre interesado en hacer predominar un determinado interés de clase sobre los verdaderos intereses de la humanidad.

Eleva altares a la ley de la competencia; acepta y santifica la desigualdad social y el odio entre pobres y ricos, declarando semejante estado patológico de las sociedades como inconmovible en sus bases, y luego, con una cándida fé y exhaltación, predica su evangelio de fraternidad entre el pobre y el rico.

«Ser o no ser; esta es la cuestión».

O se acepta la eficacia de la ley de la competencia en todas sus desastrosas consecuencias, y se aulla, como Malthus en Europa y Rooserelt en América: «¡haceos ricos; pisotead al débil; matad y destruid para levantar vuestra felicidad!»

O bien, se repudia a esa ley monstruosa y el hombre consciente se plega sinceramente al ejercicio de la verdad. No hay medias tintas. O Malthusianismo, con el corazón rebosante de insensato odio, o apóstol, todo amor y fraternidad.

Por otra parte. Es preciso que el pueblo abandone de una vez por todas a esos falsos apóstoles que para encumbrarse seducen a las multitudes con el señuelo de una utópica reforma que no deja de ser un mero paliativo.

El progreso inmediato y las mejoras prácticas son perfectamente imposibles en nuestro medio social, y estrujados, como lo estamos, por la opresión económica.

Lo prueban eficientemente los cuarenta y cinco años de legislación socialista con su nula acción de mejoramiento, y los mismos burgueses están contestes en afirmar que el régimen que soportamos produce inevitablemente la injusticia social.

Por consiguiente, esa inútil e ineficaz medida de pretendido progreso, que para el millonario Carnegie es una artificiosa administración de la riqueza, no conducirá a nada práctico.

Y decimos que no conducirá a nada práctico por la razón sencilla de que no se subsanan y corrijen las verdaderas causas del malestar reinante.

No es la mala administración de la riqueza por parte de sus pretendidos dueños lo que aqueja a la sociedad, sino que es el mal sistema de produción y distribución de la misma, así como la arbitraria apropiación que de la riqueza social hacen unos individuos en perjuicio directo de los más.

Anhelar un cambio de moral ambiente dentro de nuestro actual medio social es algo puéril. El progreso se opera en todas las manifestaciones de la vida individual y social y a una nueva organización económica corres-

ponde, como lógica consecuencia de resolución una moral diferente a la practicada hasta entonces.

Resulta de esto que Carnegie, pretendiendo asentar una nueva moral en una sociedad, cuyas relaciones económicas son las actuales, incurre en el craso error de confundir un efecto con la causa que lo produce.

El odio entre unos y otros, consecuencia fatal de nuestra vida, dentro de las comunidades, ha de forzar al invíduo a cuidar ciertos falsos intereses en detrimento de otros, más verdaderos. El individuo aplastará a sus vecinos; los hundirá, si puede; derramará una oleada de luto y sangre en su derredor, y llegado a la cumbre, oirá, como quien oye llover, la voz de un Carnegie, que predicará junto con León XIII: «Administrad vuestra riqueza como si fuera la de la comunidad; considerad los ingresos como un depósito o fideicomiso, que tendréis que administrar del modo adecuado para que produzca a la comunidad, los frutos más beneficiosos que sea posible».

No son las clases propietarias y capitalistas las que han de encaminarse hacia un porvenir de mejores días, puesto que ellas nada nuevo anhelan, teniendo, como tienen, todos los goces del cuerpo y el espíritu a su alcance. Las clases desposeídas, en cambio, mejor responderán a las llamadas que el apóstol hace a la sociedad, pues es la que sufre y soporta las injusticias sociales.

Por eso es que, en cuestiones sociológicas, como la que nos ocupa, debemos acogernos a las teorías deterministas, a fin de poder sentar sobre sólidas bases la posibilidad de una reorganización de la sociedad.

La razón de la inmensa popularidad del socialismo entre todas las demás dotrinas estriba precisamente en su carácter determinista, en cuanto afirma que la igualdad será un hecho cuando la clase obrera haga común la tierra y los instrumentos de producción, arrebatándolos a sus actuales detentadores.

Asi comprendido un cambio social, no nos llevará el error por falsos caminos, sino que poco a poco,, con paso lento talvez, pero seguro, llegaremos al momento crítico del final de una evolución sin extraviarnos con visiones cosmogónicas ni torcer nuestra ruta por seguir una falsa reforma.

ORION.

Un rebelde

Una tarde Manolito, al volver de la escuela, se acercó a su madre y le gritó casi en las narices:

—¡Mamá, no voy más al colegio! ¡El maestro es un asesino! ¡No quiero ir más al colegio! Y para corroborar su decisión, arrojó lejos de sí, con furia, los libros. La pizarra, al caer sobre el duro suelo del patio, se hizo pedazos.

La madre lo miró asombrada, sin acertar a explicarse una actitud tan extraña. Luego, al ver la pizarra toda destrozada, se abalanzó sobre Manolito y, tomándolo de una oreja, lo sacudió indignada.

—¡Ah bruto! ¡Con que así destrozas lo que gana tu padre! ¡Toma, toma!

Le dió dos cachetes que resonaron como bombas, Manolito rompió a llorar con violencia. Entre gritos repetía que el maestro era un asesino, y que no volvería más a la escuela aunque le quebraran los huesos. Se desasió de su madre y corrió a patear los cuadernos, los libros, los pedazos de pizarra que quedaron convertidos en polvo. Luego disparó por el patio adelante, hacia la calle, con el puño en alto, amenazador, chillando, diciendo que iría a esperar al maestro a la puerta del colegio, para tumbarlo a patadas.

La madre estaba enojadísima. Recogió del suelo los útiles de su hijo, maldiciendo el día que lo había parido.

—¡Qué hijo insolente, ¡Dios mío! ¡ya lo arreglaría su padre!

Al anochecer, Manolito se acercó a la casa temeroso. Entró temblando, con el susto en los ojos. Al ver a su padre sentado al lado de la pieza, sorbiendo el mate, se detuvo. Notó que el rostro de su padre estaba tranquilo. Se acercó más, y, al verlo su su padre, lo llamó:

—Vení acá.

Manolito temía, pero avanzó.

Tengo quejas de vos. Tu madre me dijo que rompiste la pizarra y que no querés ir más a la escuela. Quiero saber porqué, explícate.

Manolito, entre lágrimas sinceras, dijo que aquella tarde el maestro le

yor es la necesidad, cuanto mayor es la angustia, más superiores se vuelven el amor y el sacrificio, y más pronto llegan al heroísmo. —No olvidemos que la familia legal supone desde luego cierto grado de comodidad; los que nada tienen no se casan ya. El casamiento, aún llevado a cabo lo más económicamente posible, es un lujo que ellos no sabrían darse. Y son esos pobres desheredados los que nos dan a menudo ejemplos los más conmovedores de fraternal abnegación, de sacrificios recíprocos, de heróica solidaridad.

Una infeliz joven, abandonada por su seductor con el fruto de su amor, dando su vida, vendiendo su cuerpo para nutrirle, es una figura mucho más admirable que la madre legal más solícita.

¡Cuánta distancia entre las pequeñas virtudes burguesas — en el fondo de las cuales se descubre siempre la avaricia y el egoísmo—y la sublime inmoralidad de esta pobre muchacha!

Mas, por algunos actos de desinterés que se producen en el seno de la familia, aún en la légal, ¡cuántas inconveniencias y cuánta maldad! ¡Qué de falsedades y mentiras en los matrimonios! ¡Qué de traiciones además! ¡Cuántas querellas, violencias y hasta crímenes se llevan a cabo cuyo eco no sale del hogar doméstico!

Cuanto más se asciende en la escala de las clases sociales, pasando de los pobres a los ricos y a los opulentos, cuanto más está fundada la familia sobre las riquezas, más raras se vuelven las virtudes y más numerosos los vicios; el amor cede la plaza a la hipocresía; la abnegación al egoísmo.

La familia fué desde su origen un medio de perpetuar la propiedad en la descendencia de los usurpadores. La familia se ha hecho para la herencia fuente inagotable de malos sentimientos, de vicios, de crímenes.

Y no obstante, en la actualidad la herencia no está más asegurada que otras veces. Las fortunas viven lo que las rosas: el breve tiempo de una mañana. Los comerciantes, los banqueros y hasta los propietarios, no pueden estar seguros de poder llegar a completar la educación de sus hijos. La bancarrota les espera. El mal éxito de una especulación cualquiera puede reducir su fortuna a la nada, o comprometer su existencia.

A menudo, después de uno de esos desastres, la familia se disuelve; la mujer se entrega a otro hombre, los niños son recogidos por los parientes, encerrados en asilos o bien diseminados por los cuatro ángulos de la tierra. De suerte que la familia burguesa sucumbe por la causa misma que ha precedido a su formación: el interés la ha creado; el interés la destruye.

Entre los obreros las cosas pasan de distinta manera. Lo que destruye a la familia obrera es la explotación capitalista.

Sucede frecuentemente que el hombre pasa el día en la fábrica, la mujer lo pasa en el taller, vendiendo ambos su labor al capitalsita. El hogar, puede decirse que no existe para ellos. El hombre se ve reducido a contentarse de una rabanada de pan con manteca u otra fruslería, comida aprisa en la puerta del taller; la mujer agota sus fuerzas en un trabajo inadecuado a su organismo y los niños se ven privados de los solícitos cuidados de la madre.

En el seno de la familia obrera el goce está ausente; no son escasos los días en que el hogar se halla sin lumbre, la mesa vacía, los niños no tienen comida, faltándoles a veces hasta el beso paternal. La familia, no tiene para el obrero más que penas y dolores! ¡Qué suplicio es el suyo, al ver, cuando falta el trabajo, a sus seres queridos debilitarse y sucumbir a consecuencia de las privaciones!

Añadid el caso en que el marido para olvidar sus sufrimientos se entrega a la bebida, o aquel en que los niños o la mujer están enfermos o el en que el marido falta en la familia, sea por enfermedad o por otro accidente, y entonces tendréis un cuadro bastante aproximado de lo que es hoy la familia proletaria.

Las necesidades sexuales varían mucho del hombre a la mujer y de un individuo al otro.

Los casos en que los dos individuos de diferentes sexo se amen exclusivamente entre ellos, son muy raros, y son más raros aún, si se aman durante toda su vida.

Generalmente el amor tiene como todas las cosas humanas, una duración, un término. Además, no amamos siempre de la misma manera; nuestros sentimientos cambian o se perfeccionan; lo que nos seduce y place en la juventud, se nos vuelve, sin embargo, indiferente en la edad madura. En cambio, en la edad madura sentimos más el encanto de ciertas cualidades inapreciadas en nuestra juventud. Así pues, no es sorprendente que si todo evoluciona en el hombre, el amor así mismo evolucione; que el amor que hemos sentido por una persona se transforme en ciertos momentos en amistad o estima, y que otro amor lo sustituya en nuestro corazón.

Nada hay más absurdo que la indisolubilidad del matrimonio; nada más ficticio, ni más contrario a la naturaleza humana.

Es innegable que lo que generalmente une a dos individuos de sexo diferente, en la familia actual, no es el amor, sino más bien, como ya lo hemos dicho, el interés.

La mujer, como no siempre puede procurarse la subsistencia, se escuda con el hombre, se somete, se vende a él forzosamente, quedando a su cargo y apegada al mismo como el molusco a la roca.

El hombre es la bestia de carga de la familia. Se revienta, se fatiga en el trabajo para llevar un pedazo de pan a sus hijitos. Si éste le falta, si una huelga o une crisis comercial lo echa a la calle, se cree culpable de los sufrimientos de los suyos y a veces se sustrae a sus desgracias suicidándose.

El hombre, por otra parte, depende hoy tanto o más de la mujer, que la mujer del hombre. La familia le priva toda libertad; si quiere consagrarse a una causa debe pasar antes por sobre el cadáver de los suyos!

La mujer, a su vez, pierde en el matrimonio y en la familia toda su individualidad. No existe más que para el marido; éste, habiendo comprado su mercancía y sufragando los gastos de la casa, se cree en el derecho de pretender de la mujer obediencia pasiva y ciega, forzando muchas veces su dominación hasta llegar a la tiranía. La ley viene en su ayuda autorizándole hasta el crimen en ciertas circunstancias, y la opinión pública, más bárbara que la ley, atribuye al marido derechos de propiedad y una posición privilegiada dentro de la familia y de la sociedad.

Mas, todo privilegio clama la resistencia y la venganza, y la mujer se venga de la tiranía del marido por medio de multitud de pequeñas astucias y despechos, llevando su rebeldía hasta hacerle blanco de su ira. No existe, seguramente un odio que pueda igualarse al que ciertas mujeres sienten por su marido.

Y son sobre todo los hombres de más delicada sensibilidad los que sufren mayormente por este estado de cosas. Un hombre de corazón no abandonará a su mujer aún teniendo motivos para hacerlo, porque sabe que su abandono sería quizás para ella el desespero, la prostitución, la muerte. La mujer de corazón, en cambio, consentirá continuar siendo víctima del primer libertino advenedizo, tan astuto como cruel, antes de llegar a una separación.

¡Que no soportará una madre o un padre amante de sus hijos, antes de decidirse a romper con el esposo o con la esposa cuya compañía es causa de su desdicha!

Siempre el más amante, el más cariñoso de entre los esposos suele ser la víctima del otro. Y si los padres son iracundos, caprichosos, coléricos, entonces son los hijos que sufren la pena de las faltas y de los vicios de aquéllos.

No; una familia así constituída, no puede subsistir más que en medio de una sociedad igualmente viciosa, corrompida y bárbara. Nacida de la propiedad individual, con la misma propiedad sucumbirá.

Mujeres libres e independientes, vosotras sois más respetables a nuestros ojos que aquéllas que sufren la odiosa cohabitación impuesta por la ley y se prostituyen a un sér que no aman!

Jóvenes: amaos, respetaos; más no queráis someteros a la hipocresía del matrimonio!

Y vosotras todas, solteras, madres y hermanas, ayudadnos a rebelarnos contra la sociedad burguesa, combatiendo el matrimonio, la propiedad, el Estado, y todas las iniquidades de esta corrompida sociedad.

S. M.

Todos aquellos compañeros que, sin ser suscriptores reciban este periódico y no avisen a esta Administración si desean continuar recibiéndolo, no se les remitirá ningún otro número por ignorar si lo reciben.

Se ruega además a los que enviamos paquetes del presente número se sirvan remitir a la mayor brevedad el correspondiente importe; y a todos los que simpaticen con el periódico, que contribuyan a su publicación del mejor modo posible.

NOTAS

Siguen preocupándose los que entienden en el asunto, en el estudio de los mejores medios para la extinción de la langosta, que tanto da que sentir a los colonos.

Pero ahora se hace también urgente dar con otro medio para extinguir una nueva clase de langosta, que morodea por la Casa Rosada, de tan fenomenales tragaderas que amenaza diezmar por completo a la nación.

Lo que está sucediendo es inaudito.

Se están cobrando impuestos y más impuestos... y se olvida el pago de sus haberes a quienes los tienen bien ganados.

En cambio, es de suponer que los «sacamuelas» parlamentarios cobrarán con toda regularidad sus mil pesitos mensuales; que a tan subido precio les pagan el abrir el pico de vez en cuando para soltar cuatro simplezas.

Según decía «El Diario», los maestros de la capital no reciben el pago de sus sueldos desde el mes de marzo.

Añade, además, que un profesor comunicó el lunes a su director que no concurriría a la escuela, «por no tener con que...»

También días atrás fué multada una profesora porque se había presentado quince mniutos después de la hora de entrada. La profesora se defendió diciendo que, como no se le abonaban sus haberes, «no disponía de los centavos para subir a un tranvía» y llegar más pronto, pues venía al centro desde la calle Triunvirato.

Otro profesor hace más de una semana que no concurre a la clase «por la falta de ropa» para poder presentarse decentemente a sus alumnos.

Y otras cosas más denuncia «El Diario», que omitimos, porque con lo transcrito basta para dar una idea de como anda la actual administración.

Y todo esto sucede en un país republicano-federal.

¡Fíense ustedes de la democracia!

Recortamos: «En el aserradero establecido en la calle Pedro Mendoza 1865, una de las poleas de la maquinaria arrastró al operario Marcos Degrosi, de 14 años de edad. El infeliz cayó entre unas ruedas de engranaje donde encontró una muerte inmediata.

El cuerpo del desgraciado operario fué recogido horriblemente mutilado».

Este no tendrá, como las de París, quién lamente su muerte; ni se socorrerá a su familia, ni se dirá que cayó en cumplimiento de su deber.

¡Pobre niño! ¡pobre mártir! Cuando debieras estar en las aulas de un colegio, preparando y nutriendo tu vida intelectual, caíste como un gladiar sobre su escudo, luchando por el negro y escaso mendrugo.

Dirán que fué un accidente, llamarán desgracia a lo que es crimen, y hasta tus padres, en medio de su doliente desconsuelo, caerán en la conformidad del ignorante, sin comprender que la miseria que ellos padecen te obligó a sumirte en el taller y que esa miseria la ocasiona la explotación engendrada por el afán del lucro.

«Trabaja, trabaja», es la inexorable voz del lucro. ¿Qué importan los peligros? Caiga quien caiga, ¡oro! ¡oro! Aunque sea empapado en sangre, ¡oro y siempre oro!...

¡Pobre mártir!

El tristemente célebre Roca anunció por medio de «su» periódico «La Prensa», que si la voluntad del pueblo lo llevara nuevamente a la presidencia de la República, haría un gobierno libre, amplio, etc., y que prestaría atención a todas las ideas, aún a las más violentas y apasionadas, pues, añade, todas son benéficas.

Vean ustedes lo que va de ayer a hoy: hace muy poco que dijo todo lo contrario desde las páginas de «La Tribuna». Lo notable es que otro periódico de la tarde dice que las palabras de Roca son pura mentira, farsas y promesas, y avisa al pueblo que no se deje engañar, que ellos saben por qué lo dicen, y que quién ha de hacer la felicidad del pueblo es Irigoyen.

¡Quién lo diría!

Farsantes; tan farsantes unos como los otros.

¿Y los sesenta millones de beneficio en el puerto?...

Bellezas de la Patria.

En Francia se suicidaron durante el mes de mayo, nada más que 22 soldados. Cada noticia de uno de esos suicidios, dada por la prensa burguesa, se termina de este modo: «Se ignoran las causas, etc.».

Traducimos de «Les Temps Nouveaux «De los 22,850 hombres enviados a Madagascar fueron muertos ¡7,498!»

Calcúlese el número de muertos que habrán tenido los naturales de aquel país donde la civilización de la sangre y el fuego fué llevada por la Francia!

¡Oh la santa patria!...

En Chile las sociedades obreras tienen el propósito de organizar un congreso análogo al celebrado en Nueva York.

Se discutirá en ese acto la situación económica de la clase obrera y los medios de aliviar su suerte. Dícese que invitarán a los obreros de la Argentina.

—¡Cómo! ¿los obreros «argentinos y chilenos» juntos? ¿y los límites? ¿y la escuadra? ¿y la Guardia Nacional? dirá Arreburro. ¿Se creerán estos tontos obreros que todo lo gastado en armamentos es así a humo de paja? Hay que odiarse, señores obreros; para eso os hemos comprado armas, y compraremos más, Dios mediante y... las estampillas.

En Italia cayó sobre los fieles que se encontraban rezando, parte de la bóveda de una catedral matando a muchos de ellos e hiriendo a otros varios.

¡Que «diablo» de Dios! ¡Vaya una singular y santa manera de agradecer oraciones y plegarias!

En otra catedral cayó un cirio encendido que comunicó fuego a varias colgaduras y a las polleras de una santa.

¡Oh fuego «sacri-lego!» Quemar las polleras a una santa!

Los fieles huyeron despavoridos... o despavilados y en el atropello perecieron varios de ellos.

¡Qué incrédulos! ¡qué malos cristianos! ¡Dudar de la eficacia del fuego sagrado que desde este odioso valle de lágrimas les quería transportar en «cuerpo y alma» a la mansión de Dios!...

Dogmas politicos

La política es el arte de gobernar a los pueblos. Desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, los «artistas» que han logrado imponerse a sus semejantes, han practicado una de las tres formas generales que abarcan toda clase de gobierno; la despótica, la oligarquía y la democracia. El despotismo es la organización en la que un individuo gobierna a su antojo, y siguiendo los impulsos de su capricho, viniendo a ser dicha organización la negación más rotunda y franca de la libertad. La oligarquía es el gobierno de unos pocos, sea por derecho adquirido mediante elección; pero estos pocos asumen la representación de muchos, les imponen leyes que les obligan a obrar de tal o cual manera, y, aún en los casos más favorables, se convierten forzosamente de representantes en opresores; la oligarquía es, pues, también la negación de la libertad. En cuanto a la democracia, que supone el gobierno de la mayoría, es una verdadera utopía, puesto que el arte de gobernar es tan engorroso como deletéreo, y si la mayoría del pueblo tuviera que cuidarse de atender a un arte tan complicado, tendría que desatender a los demás trabajos, resultando de ello que en las democracias las mayorías tienen que hacerse representar por unos cuantos «artistas», de oficio gobernantes, que elaboran leyes y crean policía para hacerlas observar, convirtiéndose toda democracia en oligarquía encubierta, y siendo, por tanto, un sistema contrario a la libertad.

A la idea de Justicia va anexa la idea de Libertad. Todos los dogmas políticos son contrarios a la idea de Libertad; luego todos los dogmas políticos son contrarios a la idea de Justicia.

También es contraria la política a la Ciencia, puesto que ésta nos enseña que las tendencias de los individuos son variables en razón de su organismo, y la política, lejos de poder atender a esta infinita variedad, que sólo es atendible con la «no imposición», procura, por el contrario, unificar y regular los actos, hollando por completo las iniciativas y las actividades.

Por último, la autoridad política es contraria a la Naturaleza, que exige que todas las entidades orgánicas, minerales y organizadas se muevan en perfecta autonomía para realizar las combinaciones que les corresponden en razón de su constitución íntima. Además, la naturaleza humana es contraria a las imposiciones, por más que el egoísmo humano trate a veces de abusar de

ellas. Pero aquellos mismos que más han proclamado el principio de autoridad para poderlo ejercer, han sido los primeros en darnos la razón en cuanto se han visto en el caso de sufrir sus consecuencias. Hablen sino el ejemplo de Alcibiades en la república ateniense y el de Coriolano en la entigua Roma: amigos del pueblo mientras éste les ha mimado y obedecido, han vuelto airados sus armas contra su país en cuanto se han visto caídos y obligados a aceptar la autoridad de otros por verse reducidos al papel de simples ciudadanos. Hable también toda esa epopeya de luchas sostenidas por el feudalismo con las monarquías: esos poderosos señores, tan celosos de su absoluta autoridad, que les proporcionaba diezmos, primicias y hasta el derecho asqueroso de pernada, revolvíanse airados contra el poder real que quería a su vez hacerles sentir el yugo del principio autoritario. Y sin ir más lejos, en los tiempos modernos la constante indisciplina de todos los partidos en todos los países, demuestra que los «artistas de gobierno» tienen tanto afán de gobernar como pocas ganas de ser gobernados. Ellos son los primeros en demostrar que todo dogma político es contrario a la Naturaleza.

Pues si todo dogma político es contrario a la justicia, a la Ciencia y a la Naturaleza, la teoría revolucionaria que pretenda estar conforme con estos tres principios deberá empezar por prescindir de todo dogma político, o lo que es lo mismo, declararse desde luego anárquica.

Detalles del fusilamiento

de los anarquistas de Barcelona

He aquí los últimos detalles que tenemos del asesinato legal cometido en las personas de nuestros compañeros, que encontramos en los diarios de España.

Notificación de la sentencia

Se notificó la sentencia a los condenados a las cuatro de la madrugada del 3 de mayo. El primero que escuchó la lectura fué Tomás Ascheri, el cual, según versiones extraoficiales, oyó los cargos que contra él resultan en aquel documento, silencioso y sin inmutarse, no habiendo puesto ningún inconveniente para firmarlo.

Continuó la lectura por los cuatro restantes reos de muerte, que fueron escuchándola por separado. Según rumores siempre particulares, Antonio Nogués y José Molas escucharon la sentencia con mucho valor, retirándose el segundo cantando un himno. Ambos se negaron a firmar.

Luis Mas y Juan Alsina oyeron la lectura, según se dice, dando muestras de abatimiento, particularmente el primero, que lloró e hizo grandes protestas de inocencia. Parece que Alsina se negó también a firmarla.

Conforme iban terminando de oir la sentencia, eran puestos los cinco condenados en capilla, para lo cual se habían transformado los respectivos calabozos, colocándose en cada uno de ellos un crucifijo y dos candelabros, sin paños negros ni otros objetos que dan tan triste y fatídico aspecto a aquellas lúgubres estancias.

Allí nuestros compañeros sufrieron una agonía de 24 horas, contribuyendo a hacerla más terrible la irritante presencia de algunos jesuitas que les exortaban a que se convirtieran al catolicismo.

Solamente de Mas, sin duda debido a su deplorable estado patológico, pudieron lograr que les hiciera caso, y de Ascheri, quizás violentando sus deseos. Los tres compañeros restantes, rechazaron enérgicamente los «auxilios espirituales».

De los dos ya mencionados, los jesuitas lograron que se casaran respectivamente con la hija y viuda del antiguo compañero Borrás.

De dos a cinco de la tarde fué la hora designada para que los reos pudieran recibir la visita de sus familias, después de once meses de no haberles podido dirigir una sola mirada.

Primero llegó la de Alsina: su madrasta, una hermana, su esposa y un niño de tres años. Luego la de Nogués: dos hermanas del mismo, tres hijas, una de cuatro años, otra de dos y la última de dos meses: la de Molas, compuesta de una hermana y cuatro hijos de aquélla; y por último la madre, dos hermanas de Más y, una sobrina.

Una hora más tarde salieron las familias de los reos. Vivamente impresionadas, llorosas las mujeres, casí todas dirigían imprecaciones, lamentando en todos los tonos la sentencia recaída, por juzgar que eran inocentes los que acababan de visitar. Las escenas ocurridas entre los condenados y sus familias fueron, según se decía, muy dramáticas. Todos ellos estaban atados y rodeados de curas y hermanos de la Paz y Caridad, de algunos jefes que desempeñan cargos en el castillo y de otras personas que tenían alguna misión que cumplir. También estaba por allí el jefe de policía señor Tressols. En alta voz, oyéndolo todos, según decían las familias de los reos, se quejaron éstos de haber recibido malos tratos.

Alsina, añadíase, entregó una carta a su esposa. El inspector señor Tressols, que estaba presente y que fué quien lo detuvo, se incautó de la carta. El reo le increpó diciéndole que lo había preso injustamente.

La madre de Mas, mujer de 74 años, abrazó a su hijo, dando pruebas de entereza de carácter. Mientras la anciana permanecía un rato estrechándole entre sus brazos, dirigiéndole palabras de consuelo, y sin abatirse, las hermanas del joven, en cambio, se hallaban acongojadas y derramaban abundantes lágrimas. A una de ellas le dió un síncope. La sobrina de Mas, le dijo: «¿No te decía yo que no te presentases?» Contestando él: «Sí, sí, tenían razón». Hay que advertir que la familia de Mas, durante dos o tres meses posteriores al atentado, le incitaba para que huyese, viendo las detenciones que se hacían; pero él, según sus allegados decían ayer, respondía siempre que no tenía por qué escapar, alegando una y otra vez que era inocente. Cuando supo que le buscaban se presentó a las autoridades. Sus hermanas se mostraban ayer aferradas a la idea de que Mas no había tomado parte en el atentado, y cuantas reflexiones se les hacían por algunas personas en otro sentido resultaban completamente inútiles.

Nogués se mostró contento de ver a su familia, y en especial a sus hijas. Preguntáronle sus hermanas si a su matrimonio civil le daría el carácter de canónico, como se pretendía, contestán que por ningún estilo accedería a tal cosa. Añadían sus hermanas que estaba profundamente disgustado del trato que se le daba. Según ellas, tenía las muñecas lastimadas. Al hacérselo observar, replicó él: «Me habíais de ver el cuerpo». Así por lo menos se decía entre los curiosos que lo habían manifestado aquellas mujeres. También se mostró pesaroso de que se le creyera culpable.

Análoga fué la entrevista entre Molas y su familia. Esta le exhortó a que se arrepintiera, contestando él que no tenía por qué hacerlo. También, según se decía, manifestó que era inocente y que sabía quiénes eran los autores del atentado.

Todos estos detalles los hemos sacado de «El Diluvio» de Barcelona.

Pasquines y anónimos

Durante la madrugada anterior fueron recogidos por los agentes de la autoridad algunos pasquines manuscritos. Según parece, fueron hallados en lugares muy distantes entre sí; con motivo de tal hallazgo deben haberse practicado algunas pesquisas, no sabemos con qué resultado.

También se dijo que algunas autoridades habían recibido anónimos, escritos en el mismo sentido que los pasquines.

La ejecución

Después de los jesuitas, aparecieron por la puerta que conduce al foso donde debían ser fusilados, primero Ascheri con los brazos amarrados a la espalda por los codos, y se detuvo un momento fijándose en la multitud, que coronaba las alturas.

Después Mas, Nogués, Molas y Alsina. Todos con la cabeza descubierta.

Con paso firme los reos dieron la vuelta al foso quedando frente a la paterna de salida.

Al indicárseles el sitio donde habían de situarse, Ascheri, silencioso, tranquilo, resignado, fué el primero en avanzar. Molas siguió su ejemplo, que imitó Alsina sin ninguna excitación de sus guardianes.

Situáronse los reos por este orden: Ascheri, Mas, Nogués, Molas y Alsina.

Al decirles que se arrodillasen, los reos avanzaron más y se soltaron de manos de los soldados las cuerdas que los sujetaban. Eran cuerdas cortas y hubo un momento de confusión al recobrarlas los soldados.

Del cuadro se destacaron cinco pelotones de tiradores.

Mas volvió la cabeza, y dijo a los soldados:

—¡Acercaos más, hombres!

Nogués gritó: «¡Abajo la inquisición!

Molas gritó: «¡Viva la Anarquía!»

Alsina vitoreó también a nuestros ideales y añadió:

—«¡Soy inocente!»

Molas volviendo la cabeza al pelotón gritó: ¡Fuego!

Las voces de los reos fueron apagadas por una descarga cerrada.

Cuatro de aquéllos, Ascheri, Mas, Nogués y Molas, cayeron para no levantarse. Molas recibió varios balazos: su cuerpo se contrajo, volteó y quedó en posición contraria a la de los otros.

Alsina quedó ileso, arrodillado y volvióse a mirar al piquete.

Resonó otra descarga, cuyo primer balazo se incrustó en su cabeza.

Alsina cayó de cara al público.

Los médicos forenses procedieron a reconocer los cadáveres.

Al llegar al de Alsina, vieron que éste aún vivía, comunicándolo al jefe del piquete.

Volvieron los soldados a disparar, y Alsina recibió el tiro de gracia.

Un detalle: los inquisidores de Monjuich han querido demostrar a la faz pública la certeza de las afirmaciones hechas contra España en todo el mundo civilizado, esto es, que en Barcelona funciona la Inquisición como en los «buenos» tiempos de Felipe II.

Así dice un periódico barcelonés:

«Con motivo de los gritos proferidos por los reos en el acto de la ejecución, las dos parejas de policía que les custodiaban hicieron un ademán que algunos creyeron tenía por objeto amordazarles, impidiéndolo con plausible acierto el capitán que mandaba el piquete.

Relacionado con esto, dícese que los reos no hablaron antes ni en el interior de la fortaleza ni durante el trayecto, temerosos de que les amordazaran».

No precisan comentarios. Cinco proletarios asesinados que no sufrirán más el despotismo y el ensañamiento feroz de sus asesinos; y otros muchos que esperan una muerte más terrible producida por las penalidades del presidio.

Nos referimos a los procesados que han sido condenados a varias penas.

DESDE ESPAÑA

2 Mayo de 1897.

Compañeros de «La Protesta Humana»

Después de varias conferencias entre el presidente del Supremo y el Ministro de la Guerra, el Tribunal ha pronunciado el definitivo fallo.

Y contrariamente a lo que temía todo el mundo, dado el fallo del Consejo de Barcelona y la petición fiscal del Supremo, que hacían presumir en el gobierno el deseo de complacer la sed de venganza de los reaccionarios de Cataluña, la sentencia ha sido de relativa severidad. Hela aquí:

Condenados a pena de muerte: Tomás Ascheri, Antonio Nogués, Juan Alsina, José Molas y Luis Más.

A veinte años de presidio: Francisco Callís, Jaime Vilella, José Vila, José Pons, Antonio Ceperuelo, Sebastián Suñer, Jacinto Melich, Baldomero Oller, Rafael Cusido y Juan Torrents.

A dieciocho años: Epifanio Caus, Juan B. Oller y Juan Casanovas.

A diez años y un día: Juan Salas, Cristóbal Soler, Mateo Ripoll, José Mesa, Francisco Lis, Antonio Costa y Lorenzo Serra.

Los restantes procesados han sido absueltos... del modo que veremos luego.

No hay duda que, ante el clamoreo general que en Europa produjo esta causa, el gobierno no se ha atrevido a complacer por entero el jesuitismo barcelonés.

Quien se fije un poco en esta serie de contradictorios criterios legales del fiscal del Consejo, fallo de éste, petición fiscal del Supremo y su definitiva sentencia, comprenderá claramente la elasticidad de los textos legales, por rígidos que pretendan ser los del Código militar, y desprenderá que aquí, de lo que menos se trataba era de aplicar la ley. Lo que se buscaba era el modo de dar un quiebro a la opinión liberal que les permitiera segar la hierba anarquista. Ni más ni menos. Pero se conoce que, pese al silencio del gobierno, la presión pública europea ha producido sus efectos y dado el relativo satisfactorio resultado.

Este resultado podrá satisfacer por completo el limitado espíritu de justicia de los democratas y liberales que —muy pocos por cierto — han contribuído a obtenerlo.

Pero los anarquistas no podemos darnos por satisfechos. La relativa benignidad de este fallo encierra una cláusula que es y será una nueva infamia gubernamental. Héla aquí:

«El gobierno español acordó autorizar a las autoridades de Barcelona para que expulsen de aquel territorio a los anarquistas que juzguen oportuno, poniendo a disposición del gobernador un buque de guerra que los conduzcan a Río de Oro».

Y como a la ley excepcional contra los anarquistas no le dieron efecto retrospectivo, esta cláusula significa sencillamente castigar el «crimen» de ser anarquista, anular el derecho de pensar libremente, a pesar de la Constitución del Estado; ya que pone a los compañeros absueltos, detenidos gubernativamente, futuros detenidos y a todos los individuos que se quiera, a merced de todas las venganzas personales de localidad... Es dar carta blanca a los lacayos de la burguesía para que hagan lo que quieran de las personas que se le antoje, y esto será un hecho si los liberales, republicanos y socialistas dejan pasar en silencio esta arbitraria interpretación de la susodicha ley excepcional, y hacer el juego de la reacción clerical.

A bien que en el pecado encontrarán la penitencia. Arma de dos filos, herirá lo mismo a tirios que troyanos.

No se han atrevido a matar en tanta escala como deseaban, pero esta deportación permitirá matarlos lentamente, uno a uno, y sin que se sepa. Río de Oro es un sepulcro por su distancia y condiciones.

Dícese que la sentencia se cumplirá el día 5 del corriente...

No importa. La Idea avanzará pese a quien pese.

Y como que propongo escribir nuevamente sobre este último particular, se despide vuestro

URANIA.

¡Pobres padres!...

«Querido padre: Continuo muy bien acá. Como me divierto bastante, gozo de la vida. Cierto es que tengo que trabajar mucho, pero... ¡resignación! Hace poco me inscribí en un club recreativo en donde uno puede darse expansión envidiable. ¡Qué bailes... y qué mujeres! En días de gala aquello parece un Edén. Yo, que no tengo pelo de tonto, aprovecho la ocasión galanteando a las más simpaticonas; pero... como sé «comprimirme», nada debe Vd. temer. Bien sabe Vd. que soy hombre de «entendimiento». En fin; que cada día me va gustando más todo eso; así que no debe pasar malos ratos por mí. Su hijo que le quiere, X».

«Amado hijo: No puedes imaginarte la buena impresión que me ha causado la tuya.

Muy bien, muy bien; me place que te diviertes, no dudando que sabrás hacerlo con sensatez. Mejor es así que no preocuparse en «tonterías» que pueden a uno costarle caras. ¡Qué caramba! Ya que «hemos nacido para trabajar», justo es que gocemos cuando estamos libres. No tardes en ponerme al corriente de otras agradables noticias. Tu padre, que te idolatra, X».

N. escribe también a su padre y lo hace en estos términos:

«Inolvidable padre: Hace algunos días que me encuentro en esta. Estoy ya colocado, y, por lo que veo, la inhumana explotación del hombre por el hombre es tan descarada aquí como en todas partes. ¡Ah, pero tanta injusticia debe ser extirpada! Mas, para conseguirlo, es necesario ilustrar propagar, sin tregua y con fe, despertar a las conciencias adormecidas. Yo aprovecho cuantos ratitos puedo disponer para dedicarme a tan loable objeto. No hago como esos infelices pobres de espíritu, que pierden el tiempo en grotescas diversiones sin preocuparse para nada en aquello que debe interesarles. ¡No importa! A pesar de todo, tengo plena confianza en que pronto será un hecho el triunfo de la razón. Le saluda cariñosamente su hijo, N.»

«Hijo del alma: Me alegro de que estés ya colocado, pero... ¿por qué continúas pensando de ese modo? ¡Siempre las mismas ideas!... ¡Ay hijo mío! Tu olvidas que tienes un padre que te adora y que quiere «ver labrada tu felicidad». Créeme a mí; soy viejo y «puedo» aconsejarte: déjate de «tonterías»; procura para tí y no te preocupes mucho de los demás. Haz de modo de distraerte, de olvidar tus «locuras». De lo contrario... ¡no lo dudes!... ¡«me» matarás de un disgusto! Tu padre, que te quiere «bien, N.»

¡Pobres padres!...

Un fatal sentimentalismo les ofusca la razón. En vez que hombres pensadores había pegado muy fuerte en las manos con la regla. Había roto la pizarra porque no la necesitaba más, pues no quería volver al colegio.

—Pero, vamos a ver; si el maestro te pegó, habrá sido porque le diste motivo para ello—replicó el padre cuando le hubo escuchado.

Manolito protestó. Recibió los palos porque, al cantar el himno nacional, su voz, según el maestro, se parecía al rebuzno del burro. El maestro le había ordenado varias veces que cantara con voz más clara; pero él no podía porque su voz natural era gruesa, ronca. Este era el único motivo.

El padre soltó la risa. El hecho le causaba suma gracia. Sentó a Manolito sobre sus rodillas, y, mientras le acariñaba la cabeza, le dijó:

—Bueno, todo eso no es nada. Mañana comprarás otra pizarra y volverás a la escuela. Si decís que no, entonces me veré obligado a darte una paliza, para que entrés en razón.

Manolito, no abrió la boca. Con su padre no se atrevía a adelantar una sola palabra. Pero en su cabeza guardaba un proyecto que pondría en práctica lo más perfectamente que pudiera.

Al día siguiente salió de su casa con una pizarra nueva. Su madre le recomendó repetidas veces que asistiera a la escuela. Se unió con otros muchachos raboneros, y, todos juntos se fueron al bosque de Palermo, lugar no muy distante de la casa de Manolito. Pasaron la tarde bajo la sombra de los árboles, corriendo los pájaros a pedradas, a veces, sentados sobre la alfombra verde del pasto riendo alegremente sus ocurrencias infantiles. Un camarada del grupo, formó con un puñado de pasto y de papeles una especie de muñeco grotesco que, según el autor, representaba fielmente al maestro. En posición vertical, lo colocó junto a un árbol, y luego, con aire picaresco invitó al grupo a una guerra de piedras para dar un escarmiento al maestro. Todos se armaron y cayó sobre el muñeco una lluvia de proyetiles acompañada de gritos de muerte y de victoria.

—¡Ahí vá ésta, asesino!

—¡Zás! le hundí la nariz.

¡Muera el maestro!

—¡Cataplúm, le rompí la cabeza!

Dejaron al muñeco aplastado.

Al caer la tarde, cuando el sol aún jugueteaba en las altas copas de los árboles, regresaron a casa. Manolito entró en la de sus padres muy contento. Aquel día pasó sin que se advirtiera su falta.

Los días de rabona se repitieron sin alternativa. A la misma hora, el mismo grupo se reunía en el bosque. Aquellas tardes eran para los raboneros gratamente deliciosas. Corrían por entre los árboles persiguiendo a los pájaros y jugando al escondite. La libertad de movimientos y el aire puro, impregnado de olores balsámicos, hacía brillar sus ojos con fuegos de intensa felicidad. No se acordaban de la escuela, y los libros y cuadernos quedaban en tierra abandonados. Alguna que otra vez, cogían la pizarra y se entretenían en trazar figuras grotescas que señalaban con el nombre del maestro odiado.

Así transcurrieron muchos días, hasta que una mañana el cartero llevó a casa de Manolito una esquela en la que el maestro notificaba al padre las faltas del hijo.

Esta noticia produjo un gran revuelo; la madre de Manolito se puso roja de ira y ronca de tanto gritar, y el padre la emprendió a puñetazos. El rabonero recibió una paliza extraordinaria. Los gritos llenaron la casa, llegaron a la calle.

Al día siguiente, su madre lo acompañó hasta la puerta del colegio, dejándolo en manos del maestro. Este le impuso de penitencia que escribiera en el cuaderno mil veces las palabras: «yo he faltado a clase».

El maestro seguía burlándose de la voz de Manolito; la comparaba—comparación favorita—con el rebuzno de los burros. Manolito callaba, pero meditaba una venganza; en su cabeza daba vueltas una idea de guerra.

Y una tarde se rebeló, conmovió con su audacia a todo el barrio. Hizo alianza con otros muchachos descontentos que aplaudieron su plan de combate. Con los bolsillos llenos de piedras se acercaron al colegio y esperaron la llegada del maestro. Cuando éste apareció empezaron a llover piedras; una lluvia torrencial, una tormenta furiosa. El maestro cayó al suelo, herido en las piernas, en las manos y en la frente. Tenía el rostro cubierto de sangre.

Conseguido el triunfo, los mucha-

chos se desbandaron, huyeron despavoridos. Manolito se refugió en el bosque. Corrió mucho, escondiéndose entre la espesura de los árboles para no ser visto. Llegó hasta la orilla del ancho río del Plata y se dejó caer en tierra. Estaba rendido; sudaba; miró a su alrededor y no vió a ningún compañero. Se hallaba solo. Pensó en lo sucedido y una plena satisfacción tranquilizó su conciencia. Estaba muy orgulloso de su acción. El movimiento de las olas que venían a morir mansas a sus pies, le encantaba. El rumor de las aguas batidas llenaba su alma de dulce paz.

Cuando la tarde moría sintió viva inquietud.

Tendría que ir a su casa y sus padres ya sabrían la noticia de su fechoría. Tuvo miedo; pensó en la paliza que le daría su padre.

Llegó la noche, y Manolito seguía sentado en la orilla del río que, ahora, se abría ante él como un abismo negro agitado por rumores misteriosos. Permanecía inmóvil, mirando fijamente al abismo. No pensaba regresar a casa.

Muy tarde ya, se volvió y miró hacia la parte oeste del bosque. Multitud de luces brillaban iluminando los senderos repletos de paseantes.

Al volver el rostro hacia el río, quedó sorprendido por un espectáculo maravilloso; la luna, grande, salía del fondo de las aguas. El espacio adquirió pronto matices de plata y el río se cubrió de claridad.

Manolito, decidió pasar la noche allí. No se atrevía a presentarse ante su padre. Lágrimas silenciosas y amargas empezaron a caer de sus ojos. Al fin de la jornada se hallaba triste.

Cuando hubo llorado bastante, se tendió de espaldas. Al rato quedó dormido, arrullado por el rumor del río y el cascabeleo de los coches que rodaban por las amplias avenidas cercanas.

En el cielo, las estrellas sonreían.

RICARD.

¿Será verdad?

Eran las tres de la tarde de un primero de mayo de no importa que año. El día había amanecido espléndido y sonriente, sin que la más ténue nubecilla empañara el límpido azul del cielo. Todo era plácido... sin que nadie presagiara los trágicos sucesos que sucederían ese día, que cual ignominioso baldón, iría un año después a enlodar el centenario de la indeendencia política, hollada en su faz libertaria y democrática. Ese día y a esa hora, un anciano septuagenario y un niño de ocho años, se hallaban parados frente a la confitería del Molino, contemplando a una enorme muchedumbre que se apiñaba en la plazoleta del Congreso.

De vez en cuando llegaban a sus óidos los vitores que lanzaba el pueblo congregado, entusiasmado por las peroraciones de sus oradores.

—¿Qué hace esa gente ahí—preguntó el niño—y por qué gritan así?

—Esa gente—respondió el abuelo—es el pueblo productor que, congregado en fraternal solidaridad, viene a protestar por las inícuas explotaciones de que es víctima todo el año, por parte del trio: Capital, Clero y Estado. Esos gritos que tú oyes por momentos, son el anatema que lanzan los pobres oprimidos...

—...Mire abuelito—interrumpió el niño—¿qué pasa ahora?

El anciano miró... y vió cómo los manifestantes se arremolinaban con impaciencia nerviosa alrededor del orador que los arengaba.

De pronto, el clarín de la jauría del «escuadrón de seguridad», dió un toque de atención, mientras varios agentes, arremetían con sus caballos a la multitud para dispersarla por orden superior.

Nadie se movió. Un nuevo toque anunció la dispersión, siendo contestado por un larguísimo: ¡Viva la Anarquía!

Los «cosacos», ebrios de furor, arremetieron nuevamente a la multitud, con mayor pujanza.

Sonó un tiro, y, aquéllo fué el acabóse,... Una descarga de carabinas fué la contestación.

El pueblo huyó despavorido ante tan salvaje atropello.

Los «cosacos» masacraron a mansalva. Las descargas se sucedieron una detrás de otras, causando muchísimas víctimas.

El niño, asustado por las descargas que atronaban el espacio, rodeó con sus brazos las piernas del abuelo, implorándole, todo lloroso, de que regresaran a casa.

que emplean su inteligencia y actividad en bien de la humanidad en general, muchos prefieren que sus hijos se presenten en el gran mundo igual que monigotes con mecanismo, que se muevan por el resorte de la estupidez.

El sentimentalismo eleva y embrutece. Eleva, cuando el individuo, desechando torpes anacronismos, juzga las cosas con buen criterio, formado por un cierto grado de consciencia de los nuevos ideales. Embrutece, cuando uno es esclavo de las añejas preocupaciones, que acusan a las claras el ignorantismo de la actual sociedad. En el primer caso, el sentimentalismo engendra la aversión a la injusticia reinante; en el segundo, acobarda y aconseja la resignación... ¡el relajamiento de los pueblos!

¡Pobres padres!...

Raras son las excepciones.

Nuestras indiferencia a los grandes problemas sociales que agitan a los hombres pensadores, les haría felices... Pero no debemos olvidar que esa indiferencia nos haría cómplices del horrendo crimen que víctima, desde tiempo inmemorial, a las generaciones, y que se perpetra a espaldas de los códigos.

¡Oh jóvenes!... Formemos nosotros la vanguardia del ejército libertador, que con el sacro fuego de la verdad y la fuerza de la convicción, dará la última batida a los malvados que aún persistan en la defensa de un orden que les permite gozar ampliamente a su capricho, sacrificando para ello, a los demás.

Y aunque nos aconsejen lo contrario, compadezcamos a nuestros padres...

¡Pobres padres!...

HUGO.

Movimiento Internacional

República Argentina

Editado por el grupo «Ciencia y Progreso», aparecerá próximamente en el Rosario, en forma de folleto, la conferencia «La Mujer y la Familia», leída por su autor, Dr. E. Arana, en la «Federación Obrera» de aquella localidad.

—El grupo «Progreso y Libertad» de La Plata, proyecta para fin del presente año, la celebración de un «Certamen Socialista Libertario» en honor de los mártires de Barcelona.

Dicho grupo solicita el apoyo moral y material de todos los compañeros para los trabajos preliminares.

La dirección para todo lo que se relacione con el mismo, a F. Serrano, calle 55 número 489, La Plata.

Francia

«Libertad Republicana». — El conocido agitador inglés Tom Mann, debía ir a París para dar una conferencia y tratar de formar una gran federación internacional de obreros de los doks marítimos. El gobierno panamista, al tener conocimiento de las intenciones de Tom Mann, decretó la inmediata expulsión de Francia de Mac Pherson, el corresponsal parisién de el diario socialista «The Labouv Leader», que debía secundarle en su empresa.

¡Oh; la República es una gran cosa!...

«Excursión de propaganda. — Magnífica y de positivos resultados para las ideas revolucionarias es la labor emprendida por los camaradas Sebastián Faure y Luisa Michel. Ambos han emprendido una excursión por diferentes departamentos de Francia, propagando las ideas anarquistas, esparciendo así abundante semilla revolucionaria.

La excursión comenzó el 11 de mayo y debía terminar el 26, dando, por lo menos, una o dos conferencias diarias en diferentes localidades.

Italia

A consecuencia del atentado que intentó Acciarito contra Humberto «primo», la policía, para acreditarse de perspicaz, y acostumbrada siempre a ver los asuntos anarquistas con cristales de aumento, detuvo a varios compañeros en distintas localidades de Italia, entre ellos a un tal Frezzi, en Roma. La policía italiana, por lo visto, ha querido ponerse, en brutalidad, a la altura de la española, atropellando tan bárbaramente a Frezzi, que murió a los dos días de estar preso víctima de las infamias de los polizontes.

Este asesinato policial dió lugar a varias interpelaciones dirigidas al gobierno por los diputados socialistas, reclamando se abriera una información para averiguar las causas de la muerte de Frezzi y el enjuiciamiento de los asesinos, al mismo tiempo que se asignara una pensión a la viuda.

Por último, organizada por el elemento socialista revolucionario y anarquista, tuvo lugar en Roma una imponente manifestación en la tumba de Frezzi, a la que concurrieron 3.000 personas, pronunciándose enérgicos discursos.

—En Macerata debe haber aparecido «La Protesta Humana», revista mensual de estudios sociales, continuación de la que se publica en Túnez, que desapareció de la brecha debido a una arbitraria ley de imprenta. Su dirección es: Luiggi Fabbri, Studente Universitá Macerata.

España

Los compañeros de esta nación no pierden los ánimos a pesar de las brutalidades gubernamentales de que son víctimas.

La última ley creada de «sospechosos», aunque les coloca en situación bastante difícil para seguir propagando franca y enérgicamente como lo han hecho siempre, no por eso podrá impedir radicalmente la propaganda anarquista, por aquello que alguién dijo: «Toda ley deja dos flancos por donde puede ser violada: uno por imprevisión, y otro por conveniencia de su autor. Así que, los amigos de la Coruña se proponen publicar semanalmente un periódico anticlerical titulado «La Antorcha del libre pensamiento». Provisionalmente dirigirse: Torreiro 22, imprenta, La Coruña.

Los mismos compañeros acaban de publicar el quinto y sexto folleto de la biblioteca de «El Corsario», titulados respectivamente: «Páginas de historia socialista», de W. Tcherkesoff, y «Primero de Mayo», por P. Gori. Tienen en prensa el séptimo volumen, que es «El Socialismo y el Congreso de Londres», estudio de A. Hamon.

Digna de aplauso es la obra de aquellos compañeros, y se hace, por lo tanto, merecedora al decidido apoyo de todos los amantes de la buena propaganda.

—Hace pocos días el telégrafo nos comunicó que había estallado una bomba en Barcelona, en la casa que habita un consejero municipal, causando solamente desperfectos en el edificio.

¡Bah!... Una bomba burguesa más.

Con el fin de emocionar a la opinión pública y predisponerla en contra de nosotros, la policía acostumbra valerse de esas tretas para llevar a cabo a sus anchas toda suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que agregar al enorme número de las ya cometidas? Porque no hay que esperar nada de bueno de esa canallada.

Suscripción permanente

A favor de "La Protesta Humana"

Lista N. 1

G. M., 0.50; G. J. 1.00; Nitro plastite 0.20; José C. 0.20; Violencia 0.50; B. Simón 0.10; Eduardo Spoder 0.80; E. B. 0.50; Sobrante de cerveza 1.70; J. Ventura 2.00; A. J. 0.50; M. Quiñones 1.00; N. M. 1.00; Un jesuita 0.10; Del pasatiempo 1.00; R. X. 0.70; Un gallego 1.00; Un mono-sábio 0.50; En el Roma, 0.80; El del Sud 0.50; Encontrados 0.50.

Grupo «Antorcha del Progreso». — Acracia García 100; Miguel 0.50; Rebollo 0.50; Soust 1.00; R. S. 1.00; Querer es poder 1.00; Un ateo 0.50; Calabrisi 0.25; Un compañero 0.50; R. L. 0.50. Total de este grupo pesos 6.25; Sacado 1 peso por suscripción a un paquete, resta pesos 5.25, Vicente Balta 0.50; J. Carvajoles 0.50; Un yenois 1.00; Un anti-burgués 0.50; Teléfono 0.70; Zero 0.50.

De Maipú. — Mazzone Lodovico 2.00 Sobrante de «La España Inquisitorial», pesos 25.35; Reparto del sobrante del último número de «El Oprimido», 20.00.

Total.. 76.40

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Rosario.—E. Z. de A. Recibida la tuya. Esperamos lo prometido.

Rosario.—F. C. En la tuya no ha llegado ni el importe de la suscripción, ni las dos cantidades para «'Avvenire.

Montevideo.—S. B. ¿Recibiste carta nuestra en contestación a la tuya? No recibidas las suscripciones que indicabas. Mandamos un paquete.

La Plata.—F, S. Esperamos lo prometido.

Capital.—Clarin. Deseamos escribirle. ¿Quiere indicarnos a dónde podemos dirigirnos?

Nota.—En esta sección serán contestadas cuantas comunicaciones nos sean dirigidas. Las que lo merezcan lo serán por carta.

Suscripciòn voluntaria para cubrir el déficit de la publicación del número único "La España Inquisitorial"

Taffucci 0,50; Durelli (Torino) 0,60; Vaninetti 0,10; J. Rodríguez 0,50; Marcos 0,50; Alfredo Merlo 1,00; Marmol 0.30; Un Sastre 0,10; Juan sin Patria 0,45; Guerra 0,40; Cualquiera 0,30; Alejo Velez 0,50; Migliorini 0, 30; Santino 0,20; Cualquiera 0,10; Cavicchioli 0,20; Zelindo 0,30; Un industrial 0,20; Cabañas 0,10; M. 0,60; Un compagno 1,00; Srmento 0,50; Santino 0,50 Un carpintero S. B. 0,50; F. U. 0,20; Un affamato 0,50; Diavolo nero 0,30; Diavolo rosso 0,20; Un rayo que los funda a todos 1,00; Guerra a los frailes 1,00; Un guardián 0,10; M. Mendez 1,00; No puedo más 0,20; Litógrafo 0,20; A. A. 0,10; El mismo 0,10; Izquierdo 1,00; Recoletado por el compañero Zacarías Rochit 4,05; «Grupo Libertad» 1,00; Cualquiera 0,20; Un compañero 0,30; José 0,10; Un anarquista 0,10: Un amigo 0,25; Vuelto de la luna 0,10; Un catalán amigo de Pallás 0,30; José Bugallo 0,50; J. Carvajales 0,50; Mazzalupo 0,20; Juan Pessolano 1,00; Un gallego 0,20; Bernardo Rabbia 0,50; Pietro 0,50; Ramos 0,20; Portugués 0,20; Bracehi Giovanni 0,20; Sarmento 0,50; E. B. 0,05; Sobrante de copas en la reunión Socialista Rivadavía 3136, 1,00; O., 0,45; Una partorizante 0,50; Un panadero de las cuatro estaciones 0,40; Convencido 0,50; T. Pancho 0,60; R. Iglesias 0,30; Donde no hay sinceridad 0,50; Tampoco hay felicidad 0,50; Arturo M. 0,35; Antonio Tisi 1.00; Juan Abbadie 0,50; Tisí Félix 1.00; El cura de San Cristóbal 0,50; Un Albañil 0,20; Bianchi 0,50; Tolina 0,30: E. V. 0,50; Un plato roto 0,20; Que venga pronto la anarquía 0,20; Un maltratado 0,20; Una puñalada a un burgués 0,20; Morte al Papa 0,10; Un explotado 0,20; Ancona 0,10; La ley es el arma más terrible 0,30; S. J. 0,10; Nene 0,10; El cobrador 0,10; El lucignolo 0,10; Un esclavo 0,20; M. 0,30; Z. C. 0,20; Francisco Bottazzi 1,00; Un anarquista 0,30; Paruzzi 0,30; V. 0,30; Tre compagni 0,40; Carucci 0,40; Un jóven 0,50; Hortofilo 1,00; V. Ponzio 0,50; D. Sacchetti 0,50; Aristodemo C. 1,00; Un fabricante de herramientas 2,00; Dos burros 0,30; Don Abbondio 0,10; N. N. 0,50; Panclasta 0,40; Un marmolero 0,35; Cualquier cosa 0,15; Camapa 0,30; G. Inglan 0,50; Barbio 0,30; Un porteño 1,00; Pistolin 0,35; Luis D. 0,50; Baounine 0,25; Spies 0,25; Librería Francesa de la calle Esmeralda 2.00; Camilo Morra 0,10; Colombo Pedro 0,05; Antonio G. Molinie 0,50; Un cortador 0,50; Un Socialista 0,50; Capelli 0,20; Sante Albertarelli Mazziniano 0,50; Un borracho 0,50; J. Pelli 0,50; Cimo 0,30; Vezio 0,20; Pratellino 0,50; Abajo la Inquisición 1.00; El todo es de todos 0,50; Todos los burgueses son asesinos 0,20; Venga pronto el exterminio del Dios-Capital 0,30; Abajo la explotación del hombre por el hombre 0,20; Un yenoís 1,00; Plu de militaire abas le jesuitisme 0,50; Mueran todos los ricos porque son asesinos y cobardes 0,50; Mazieres Leopoldo 0,50; Santoro Paolo 1,00; Proletario 0,50; Abajo los capitalistas 1,00; Para que venga otro incendio como el de Paris para los burgueses 0,50; Un bandido 0,50; Uno que quiere más la anarquía 0,10; Castello M. 0,10; Carlos B. 0,05; Un constructor de carruajes 0,10; Mártir del trabajo 0,10; Rataplán 0,10; Un tallista hambriento 0,10; Un carpintero amante de la verdadera libertad 0,10; Un desertor del socialismo 0,20; Dos sastres desnudos 0,20; El anarquista 0,50; Migliarini 0,20; D. Tosi 0,50; Un pintor 0,10; Un romano 0,20; Naso taghato 0,20; Cualquiera 0,30; Venganza proclamaron los afusilados 0,20; Pons y Solonik 0,20 Domingo Pagliaroni 0,20; J. Sorda 0,50; Sansone 0,50; Alfonso Balvo 0,20; Angel Ferrari 0,10; Demetrio 0,20; Un domador de tigres 0,20; Un noy de la Barceloneta 0,20; Un guardia nacional 0,5; Un lladre 0,10; El Basco 0,20; Mate 0,10; S. Vicente 0,30; Un cepillo 0,20; Veinte en oro 0,20; Un boludo 0,25; Burgués gallego 1,00; Vínca 0,10; Prevosti Inocente 0,20; Vedovati Juan 0,15; Paolo Briardi 0,10; Un cloquesta 0,25; Alberto Capra 0,20; Un albañil conciente 0,10; Tomasin 0,20, P. Perini 0,20; Oddone 0,20; Vanuzzi 0,20; Colchonero 0,20; Gito y Lita 0,40; Achina 0,25; P. B. 0,20; A. P. 0,25; Salchichón 0,25; Aleluia 0,25; Una señora que le gusta la idea 0,15; Cualquier cosa 0,20; Un Quintero 0,15; D. Agustín Paolo 0,25; Descamisado 0,25; Argentino 0,10; Bertetti 0,50; S. D. 0,30; Podrido 0,40; Un albañil 0,10; Del Café Nacional 0,40; N. N. 0,50; Un repartidor 0,20; Alla libertá 0,20; Il danaro é un mezzo 0,50; Gaudencio Barogno 0,50; Un pianista 0,20; Soy roquista en la Argentina y blanco en Montevideo 0,10; Conte Zanardelli 0,10; D. socialista 0,20; A. Panuccio 0,20; Un prete con sette figlie 0,20; Un figlio di Ascheri 0,10; «Grupo Los Acratas».—T. F. 0,50; Un astrólogo 0,20; Un antojo 0,20; Una yunta 1,00; Despota Crispi 0,50; Artemio 0.50; A. S. 0,50; Un petizo 1,00; Un independiente 1,00; Un colchonero 0,40; La venganza será terrible 0,20 Un herrero 0,20; Mirri Leopoldo 0,40; Propaganda 0,35; Dinamita V. 0,25; Total 7.40. «Grupo Antorcha del Progreso».—A. B. 1.00; Un oriental 0,40; R. S. 0,25; A. R. B. 0,30; Antonio 0,10; Gracia 0,20; M. Ll. 0,50; R. L. 0,30; Un ateo 0.30; Acracia García 0,40; Un Querer es poder 2.00; Total 5,75. Gatástrofe de París? 0,30; Ojalá hubiese una cada día 0,50; Duque D'Aumale 0,20; Marquesa de Gallifet y otras P... como era ella 0,50; Gallifet el asesino de los Communardos 0,20; Asesinan a cinco anarquistas en Barcelona y el mismo día crepan en Paris «dos cientas» burguesas acariciadas por el fuego bienhechor. 1,00; Buenas son las bombas y no malas las catástrofes burguesas 0,50; Total 3.20.

(De las cuales van $ 1,09 para la madre de Pallas).

De Luján.—J. D. 0,50; Un peon de los curas 0,50; A. M. 1.00.

D. Merlo.—Vigliacco borghese perché non sorti? 0,25 Oh, sortirá! 0,50; Il pugnale colpisce 0,50; La dinamita uscir ti fará 0,10; Alerta, borghese 0,50; Batista te quiero 0,10; El cocudo de Merlo 0,25; Macho de Merlo 0,40. Total pesos 2,60.

De San Martín.—Grupo «Humanidad Libre». Atar a los burgueses al lado de la mula 0,70; Abajo los grados militares 0,50; Viva el Comunismo Anárquico 0,80.

De Rosario.—Recolectado por Esteban Corte 1,50.

De Cañuelas.—Por haber leído «La España Inquisitorial 2,00.

De Montevideo.—Antonio Baranzano 0,50; Pedro Ruscada 0,30; El hombre del pito, 0,10; B. Fontana 0.10.

De la Magdalena.—Recolectado por el compañero Sebastián Estramborrios 2.00

De Zárate.—Santiago Nobus 1,00.

Las Tulas.—Un catalán 4,00.

De Chivilcoy.—Un obrero 0,50; Juan Giraud 2,00; Moreou 0,50.

De Ayacucho.—P. M. 0,50; S. M. 0,50.

De la Ensenada.—Grupo «Abolición de la esclavitud».—Un herrero 0,50; Dinamita a los Larios de Málaga 0,10; Un herrero 0,30; Juan 0,10; Medio frasco 0,20; Un herrero 0,30;.

De Carcaraña.—Un Bitter basco 0.20; Petizo 0,20; ¡Salud, oh mártires de Barcelona! 0,60.

Total pesos 119.35

Défici de La España Inquisitorial pesos	25.35
Sobrante	$ 25.35

Nota.—El sobrante de pesos 25,35 se ha destinado a favor de «La Protesta Humana».

El anciano, no se movió.

Indignado al ver como huía el pueblo tan cobardemente, alzó sus puños crispados y los dirigió hacia los «cosacos», que cometían tan villano atropello, con una muda protesta de impotencia, por sus setenta años.

Como contestación a su mudo desafío, una traidora bala le atravesó el corazón.

El niño, al ver caer a su abuelo, prorrumpió en amargo llanto, llamándolo con los acentos más cariñosos. El anciano seguía inmóvil. Alguién dijo: está muerto. El niño alzó su adorable cabecita de bucles dorados, y miró a quien le había dirigido la palabra: era un polizonte. Indignado al ver que tenía una carabina en la mano, le escupió al rostro: Asesino! ¿por qué mató a mi abuelito?

Un feroz culatazo le tendió junto al abuelo, con el cráneo destrozado...

Severo BRUNO.

Mayo 1.o de 1917.

LA NAVE

Del puerto del Dolor zarpa la Nave. A pesar de la borrasca que amenaza en el horizonte húndese soberbiamente altiva, rasgando con su filosa quilla las furiosas olas del mar Negro que tratan de impedirle el paso bamiento, individualista vá con ruta dipuma. Aguerridos marineros tripulan. A su bordo, la reeldía y el rencor anidan. En su proa ostenta un nombre que se cubrió de gloria en numerosos combates de la pluma, la palabra y la bomba de dinamita... Leamos: Anarquía. Este es el nombre. Tripuladā en su mayor número por el convencimiente individualista, vá con ruta directa al Comunismo: única redención posible de la humanidad doliente. Entra en batalla a todas horas, y, la lógica, la razón, la ciencia y la verdad, son las armas que esgrime, anodando a los adversarios.

El rojo faro de su palo mayor, ilumina las azules aguas haciendo levantar la vista a las muchedumbres inconscientes que leen su nombre que aterroriza a la clericanalla: Racionalismo.

En la cangreja del mastil de popa, se enarbola la bandera roja, insignia de todas las venganzas que se llevarán a cabo en justo castigo a los que hicieron sucumbir sin conciencia, a tantos mártires que intentaron redimir a la especie humana. El negro navío policial entró al abordaje numerosas veces masacrando sin compasión a los anhelantes clamadores de emancipación que llenaban la cubierta; pero de los rojos charcos de la sangre derramada, surgieron nuevos y más viriles guerreros que gritaron con voz extentórea:—no importan las masacres; triunfaremos por encima de todo porque somos portadores de la verdad y la justicia. Y la nave siguió impertérrita su ruta aplastando bajo su quilla el negro fantasma del militarismo, que cual gigante ola trata hundirla en el alterado mar del privilegio.

La burguesía, los leguleyos y la clericanalla, temblaron de pavor al contemplar, en las tinieblas de la noche, la augusta nave que zarpando del puerto del Dolor, enfilaba su filante proa hacia la estrella roja de la Ilusión, rumbo al Futuro.

R. RUIZ CRUCES.

Juventud

Juventud, si queréis algún día
Ver la Idea gloriosa triunfar
Despertad; levantad vuestra frente
Y adelante por siempre a luchar!

—

¿No sentís oprimiros el pecho
Cuando injusta sentencia se dá?
¿No sufrís con los gritos de muerte
Del que frente a soldados está?

—

¿Quién impuso esas leyes injustas
Que deprimen y llenan de horor
A los hombres que anhelan fervientes
Arribar a un mañana mejor?

—

¿Por qué abundan patíbulos tantos
Con verdugos dispuestos a obrar?
¿Por qué habrán de anular una vida
Si es la vida una chispa solar?

—

¿Para qué tantos templos sagrados
Donde aprenden los hombres a odiar?
¿Para qué, si tenemos escuelas,
Donde sólo nos hablan de amar?

—

Preguntad al obrero constante
Que trabaja para otro a jornal,
Si desea con armas al brazo
Traspasar la frontera natal.

Preguntad a ese joven soldado
Que se dice guardián de honor
Nacional, si prefiere a los cantos
De la paz, el guerrero clamor

—

¿Dónde irradia el honor de la Patria?
¿Es, quizás, en la fuerza brutal?
No creáis; si es gloriosa la Francia,
Lo es por Hugo, Voltaire y Pascal.

—

¿Quién dá savia de vida fecunda
A las urbes de toda Nación?
Es, talvez, ese rico engolfado?
¿Es el otro que oficia al baldón?

—

¿No es el pueblo, esa masa gigante
El que brillo le dá a la labor?
¿No son esos que elevan palacios
Con mil gotas de perlas sudor?

¡Es el pueblo, esa grey sudorosa
Que no quiere opresor ni oprimir;
Ese noble titán incansable
Que lo malo desea extinguir!...

—

Desde aquí, mi tribuna elevada.
Yo proclamo el triunfal aluvión!
¡Qué feliz si mañana el sumiso
Despertara en potente ciclón!...

—

¡Juvetud, os exorto a la obra!
¡A segar por su base al poder!
A luchar por el bien proletario
Y a librarlo de su padecer.

—

Desnudemos los pechos hercúleos
Proclamando la santa equidad.
Y gritemos con voz estentórea:
«¡Libertad, Libertad, Libertad!»...

Fernando GUALTIERI

EL POEMA DE LAS HORCAS



Qué ritmo filosófico de ideas,
Qué supremo motor del pensamiento.
Incesante y viril como una norma
De redención que no se rompe nunca
Anima la figura de los héroes
Que llegaron serenos a la horca,
Con la misma firmeza, con la misma
Palabra de sus labios que sonara
En el momento de la paz augusta,
En el momento del pensar altivo,
Contra los negadores de la vida?

Sobre el turbión anónimo se alzan,
En el silencio sus palabras hieren,
En la gran noche colectiva alumbran
Y vencedores de los tiempos, caen.
Caer, para estatuarse como enormes
Figuras del futuro aun no vividas
Y que deben vivir, porque se alzan
Como un grito, una fuerza venidera.
No alzarse como form mas que idolizan
Malsanas multitudes que alimentan
Las savias infecundas del pasado.
Alzarse como cimas, como frentes
Augustas nunca holladas por la turba,
Nunca vencidas por la sombra, nunca
Dobladas hacia abajo!

De la noche profunda de la historia
Testas hay que se ele-van a manera
De rebelión pereenne.
El tiempo y la distancia
Se humillan a sus pies como vencidos;
Y entre el hondo fragor del oleaje
Con que se agitan las pasiones tienen
Majestades de moles seculares
Impasibles, pretéritas, gigantes.

Esas frentes miraron allá lejos,
Miraron mucho tiempo y esas testas
Acariciadas fueron pór las nubes;
Testas de redención, testas sagradas!

Y desde que las víctimas se alzaron
En serena actitud de apocalipsis,
Desde entonces, las huestes proletarias
Miran también muy lejos. La esperanza
Se tornó como un cuadro de conquista
Donde avanzan las fuerzas y la idea.

¡Oh cabezas augustas de la idea,
Y cumbres de los rayos precursores!
¡Oh las horcas! Cortad, cortad cabezas!
Que con la sangre el porvenir se escribe!

eopoldo Ramos Jimenez

Salutación a las selvas

¡Cuántas veces había pensado
venir a vosotras, oh, vírgenes selvas!
¡Cuántas veces había pensado que mi alma
era una digna hermana de la vuestra!
¡Cuántas veces había pensado
libertar mi cuerpo de toda impureza,
de esta giba enorme
que crece en el hombre con la primer pena!
Todas las ciudades huelen a chiquero
y también los que viven en ellas.
Ve a las selvas vírgenes, hermano, si quieres
descargar tu cuerpo de toda impureza.
Ve a las selvas vírgenes a purificarte,
que allí, donde acaba la ciudad, empiezan;
ten cuidado de todos los hombres
que son los vampiros que chupan tus venas;
ten cuidado de todas las cosas
que si no son dañinas, molestan;
preserva tu cuerpo y tu alma
de las almas y cuerpos que infectan;
huye hacia el desierto,
huye hacia las selvas;
todas las ciudades huelen a chiquero
y también los que viven en ellas!
¡Oh, prodigiosa, oh, sabia
madre Naturaleza,
hoy quiero unir a tu alma
mi alma enferma,
hoy aspiro a elevarme
y a ser digno de todas las grandezas!
¡Oh, prodigiosa, oh, sabia
madre Naturaleza,
vengo muerto de hastío y de cansancio
y con olor a cosa muerta;
vengo... ya me ves como vengo,
con el alma podrida y contrahecha,
sin carnes en mis huesos macerados
y sin glóbulos rojos en mis venas!
Los caranchos que habitan en la ciudad son muchos.
madre Naturaleza,
tú lo sabes, son muchos,
y gustan de las carnes que son tiernas!
Los vampiros que habitan en la ciudad son muchos,
madre Naturaleza,
tú lo sabes, son muchos,
y vaciaron mis venas!
He aquí por qué vengo sin carnes en mis huesos
y sin sangre en mis venas;
he aquí por qué vengo con el alma
podrida y contrahecha,
¡completamente ciego,
huérfano de existencia!
Tiende tus brazos al viajero
que de tan lejos llega;
dame un poco de carne para mis flojos huesos,
dame un poco de sangre para mis blancas venas,
purifica y modela mi alma gibosa,
madre Naturaleza!

D. FONTANARROSA (h)

El tinglado de la farsa

Se levanta altanero y soberbio en el centro de la metrópoli. Construído a costa de las miserias de Juan Pueblo.

Represéntase en él toda clase de farsas. Los farsantes que en él actúan se esfuerzan para engañar al paciente rebaño que les escucha. Cuenta todavía con muchos admiradores, pero éstos son los de menor valor, pues tienen el cerebro fofo, y se entusiasman y les siguen porque ellos están minados con las mismas ambiciones; la aspiración de muchos es llegar a verse en aquel tablado.

Los hombres que piensan y analizan, los que marchan a la vanguardia de los pueblos, los que educan e instruyen; éstos combaten la farsa y los farsantes.

La reclame que se hace es de lo más sugestiva para los espíritus débiles. Salen a la calle algunos de los farsantes y anúncianse con música o con carteles llamativos en los que tienen buen cuidado de hacer figurar sus títulos, etc., y luego en una plaza u otro lugar adecuado gritan, vociferan, ponen de relieve sus cualidades, con lo cual catequizan estúpidos. Hablan mal de otros farsantes como ellos, dicen que van a demoler y luego a levantar y prometen lo increíble. Cualquier día van a prometer un viaje gratis (ida y vuelta), al planeta Marte, y así un año y otro año. Se cambian los actores, pero la farsa es la misma.

Inaugúrase más tarde la temporada de invierno con toda solemnidad. Acuden todos los farsantes y sus satélites. Polichinelas de diversas naciones representan a otras «compañías» del exterior. Hay de todo en ese acto, sin faltar los escotes de las «damas» burguesas que acuden a lucir sus trajes y otras «menudencias».

Hácese el silencio. Convergen todas las mraidas al tablado y en ese «solemne» momento levántase el director general de la troupe y endilgan al auditorio un capítulo de historia, haciendo la reseña de la temporada anterior y un prólogo de la farsa que se representará durante la temporada. Al finalizar, los signos de aprobación y de desaprobación se repiten. Los amigos del director no hacen más que exclamar ¡Excelente! ¡Sorprendente! ¡Notable! ¡Qué talento! y otras frasecitas por el estilo y en cambio sus enemigos, le ponen los trapos al sol y profieren epítetos poco sonoros y poco honrosos para la personalidad del farsante mayor, y los que no saben si declararse amigos o enemigos sonríen con indiferencia. Entre risas, alagos y críticas, finaliza la fiesta.

Hay pasages de hilaridad sorprendente, otros en que aquello se convierte en una cancha de foo-ball, viéndose el director escénico obligado a llamar al orden a los actores, otros en que aquello parece el «Royal Theatre» por las frasecitas de grueso calibre que cruzan el espacio.

La claque del gallinero suele a veces enfadarse y entonces se la desaloja y la otra claque, la de las «plateas» aprueba o desaprueba según indique el que dirige el bando, pues hay dos claques, una comprada por unos y otra por otros.

Algunos de los farsantes van allí a mostrar su erudición, otros a hacerse los defensores del pueblo, otros a estrenarse en el boxeo, otros a dormir, otros a tomar té y todos en conjunto a engañar al pueblo, a embaucar junto a engañar al pueblo, a embaucar conciencias, a adormecer pasiones.

El pueblo que es miope les cree por sus palabras y sus gestos, porque no vé más que éstos, sólo alcanza a ver el tablado, pero no los bastidores. No está en el secreto de la cuestión. Vé lo superficial y no quiere pararse a analizar, pues con poco que lo hiciera, la farsa, la mentira saltaría a la vista.

Ellos, los farsantes, son los «representantes» del pueblo y efectivamente, van allí a representar una farsa, con la cual pasan el rato, viven bien y engañan a los demás. Ideas? ninguna; ¿para qué se quieren?

Allí es un teatro de género chico, mucho movimiento, mucho mostrar... lo que no se debe, mucho alarido, mucho ruído de bombo y platillo y total nada.

Prometen, mienten a sabiendas, no cumplen una sola de sus palabras, se desdicen mañana de lo que hoy sostuvieron, dicen pestes de unos y otros.

Este es en resúmen el estilo del credo político y con estos elementos se hace la farsa que se representa en todas partes, hasta que en un día el pueblo o mejor dicho los pueblos todos se convenzan de nuestras afirmaciones y rompan esos tablados, hagan con ellos una hoguera para que el fuego purifique el ambiente e impidan que se levanten más templos a la farsa.

El pueblo debe destruir esos lugares que bien se llamen: Congreso—Reichstag — Duma—Rigdsag—Chambra—Congress—Parlament, tienen solo un nombre común a todos: «Tinglado de la farsa».

EGO.

ANARQUISTAS

Con el alma en flor, primavera, óasis en cualquier páramo, nota de arte en las asperosidades de esta Arcadia de bandidos, se nos ha bautizado con odio, con terror: ¡anarquistas! Conquistamos, no hay duda; siembra de amor es nuestra prédica que enflorecerá la vida con tonalidades nuestras; anarquistas!

Nuestra prédica corrobora la más alta aspiración humana, la más sensata afirmación filosófica, única por el momento; vedlo bien; única.
Anarquista!

Cruza los mares, abarca en un solo y paternal abrazo a todos los desposeídos y es fiat lux en las tenebrosidades de las mazmorras, y es hacha en el desquiciamiento de los podridos tronos, donde su filo se templa más, filo nuestro;
Anarquista!

No pudo el dolo amenguar su fibra, amilanar sus altiveces; grito sintético de libertad, es el nuestro;
Anarquista!

Fué, para los incautos, el hombre de la bolsa, el cuco, y, más tarde, el ogro descomunal que banqueteaba con infantes de madres amantísimas que llevaban despavoridas la orfandad de sus pequeños; éramos leyenda de muerte, desolación y duelo; frase fatídica;
Anarquista!

Siempre la calumnia como sombra de nuestro propio ideal, eternamente en marcha hacia el propiciamiento de un estar altamente humano, altamente superiór;
Anarquista!

No hay ogros, sino faros que se alzan altivos en la noche de la ignorancia, en cuyo alto extremo ilumina la clarovidente testa de Ferrer;
Anarquista!

Finalizan las asperosidades; las manos de nuestra amada en su acariciar sin tasa, sin medida y siempre amantísimo, exteriorizan la noble, la grande aspiración nuestra; vida y amor; anhelo nuestro;
Anarquista!

Suavidades de seda, aterciopelada caricia, es nuestra frase calumniada;
Anarquista!

Ferocidades caninas se prenden al manto de nuestros filósofos, de nuestros poetas, de nuestros luchadores, que salen más íntegros, más decididos de la prueba;

¿Qué hay claudicantes? Sí, pero negadores jamás! Caer o renegar, no es desintegrar valores filosóficamente afirmados por insuperados conceptos, conceptos abarcados y unificados de las múltiples sabidurías, hoy nuestras y para todos;
Anarquistas!
Anarquista!

La horca, la mordaza y la ergástula, no apagará nuestro grito afirmativo. nuestra profesión de fé; nuestra propia bondad se lubrifica cada vez más ante el acicate del martirio, y aun cegados como el Galileo, se intensifica la segurísima videncia de nuestra aspiración suprema;
Anarquista!

La ley, prostituta de todas las edades, rémora de toda evolución filosófica, nos teme; vamos contra ella, contra su cáncer, contra su sífilis, contra su vivero de plagas, y ante ella nos presentamos, guerreros valientes, así, desnudos, colmados de verdades y con franqueza única;
Anarquista!

Arte y filosofía es nuestra dualidad anarquista; si tendremos contrarios en esta Arcadia de bandidos donde reinan los Loyolas a base de trabucos y de hisopos; muladar donde trafican envenenan los fariseos de la bolsa, los reyes del cotirro, los burros con fiteros, que temen las certeras saetas de nuestra prédica;
Anarquistas!

Somos irreverentes, irrespetuosos con las tradiciones apolilladas, inútiles, perniciosas para el sembrado nuestro, para el florecimiento de la Arcadia nuestra;
Anarquista!

Muere la voz conservadora: «Yo respeto todas las ideas». Nosotros somos irrespetuosos, irreverentes con todas las ideas; respetamos el hombre, nó a sus ideas, sujetas a la agregación o disgregación de conceptos; somos irreverentes;
Anarquista!

No envaselinamos nuestra anarquía con representantes; cada anarquista bien encuadrado, se representa a sí y a nuestro ideal de vida en el más amplio decir;
Anarquista!

La toga de los jueces, sepultureros de vidas, no han podido entenebrecer la claridad meridiana de nuestros sabios, de nuestros poetas, abroquelados al alto ideal humano;
Anarquista!

Nuestro optimismo, tiene veredicto de ciencia; anarquía es higienización humana; la tuberculosis, mal social, desaparecerá ante la panácea nuestra: tierra y libertad; optimismos científico, muy nuestro;
Anarquista!

Hoy, nuestro día, primero de mayo, día de recordación y afirmativa jornada, se une el grito nuestro, grito de la cárcel, parido a través de las rejas; como liras trágicas, vibran nuestras almas puestas a prueba, y cantan, cantan con el pueblo su canción grandielocuente y retempladora;
Anarquista!
Tercera Alcadía.

Amando VILLADOR

El advenimiento de la anarquía
es inevitable

Nuestra perenne e incesante afirmación respecto al advenimiento de la «Anarquía», no es aborto de líricas fantasías, ni desencadenada erupción de mentes exaltadas y calenturientas; es la ascensión consecutiva de un letargo y penoso proceso histórico, el que partiendo de las obscuras noches de la infancia primitiva, ha venido remontándose por la abrupta cuesta del barbarismo y la indigencia primaria, dirigiendo incesantemente sus pasos hacia un mayor grado de luz y creciente progreso.

La evolución histórica, es la más contundente negación y acentuada antítesis de lo que el vulgo y la malevolencia se empeñan en afirmar, que «el mundo siempre fué así y así lo será». Tal afirmativa constituye el irrevocable exponente de la crasa ignorancia de unos, como así mismo la sutil y pérfida malevolencia de otros.

Negar los contínuos cambios y reformas que se han venido operando, es poner en evidencia el desconocimiento que de ello se tiene, incurriendo en el absurdo de negar los hechos y falsear la historia.

Las tergiveraciones que alrededor de la Historia se hacen, no son hijas de la ignorancia y sí de la crueldad y la malevolencia, máxime si se tiene en cuenta, cuáles son las clases y categorías que en tenebroso connubio, se esfuerzan, cooperan, determinan e imponen la tergiversación y el falseamiento de los más sagrados anhelos de la humanidad sufriente.

No es a la abatida humanidad sufriente a quien pudiéramos acumular la responsabilidad de la perpetuación del error y del falseamiento de las cosas, sino a los que atribuyéronse facultad de dominio y mando, el Estado y las religiones, fuentes ambas de superstición, despotismo, falseamiento y tiranía.

Ocultar la verdad científica y concluyente de lo que fué y és la humanidad, acusa pérfida reserva; con el intencional propósito de perpetuar el error, base de la ignorancia, pedestal del privilegio.

Decir y pregonar en la clase desheredada, «que el mundo fué siempre así», obedece al propósito de cultivar la resignación de la víctima, a fin de que ésta no recuerde su letargo, movida por sacudidas violentas, las que pondrían en peligro el trono de todos los tiranos de la tierra.

Cuando la afligada víctima siente azotarse por los reveses de la injusticia social, afluyen en su mente bríos de incitación nerviosa, capaz de prorrumpir en estallido; pero el hombre lejos de tomar la defensiva, de súbito se siente anonadado, la superstición y el error le invaden, la eterna parodia golpea en su mente, se siente desarmado, se pregunta y responde, ¿qué hacer si «el mundo siempre fué así»? Donde no llega a dominar esa pregonación antihistórica, llega a prevalecer la superstición de la religión católica apostólica romana, en aquello de: ¿qué hacer «si Dios lo quiere y dispone así»?

Esas son las dos grandes falsedades con las cuales se pretende apuntalar a esta corroída y tambaleante sociedad decadente, al no querer que ella expire; hácense esfuerzos para prolongar su agonía y bien saben los tiranos que el período de la agonía aun es vitalidad del privilegio aunque en decadencia.

¡Guerra sin reposo a esas dos grandes falsedades! Ni la superstición del Dios sea el aliciente que conforte la resignación de los sérviles apocados de espíritu; ni las tergiversaciones de la Historia, sean el estimulante que nos determine a permanecer uncidos vidual, colectiva y social.
al yugo de la esclavitud moral, indi-

Los malevolentes se horrorizan al oir las vibrantes clarinadas del verbo de la Anarquía; creyeron que la mejor forma de combatirle era el desnaturalizarle, presentarle como un monstruo encarnado en el desorden y el crimen, el que con gestos macábricos y danzas infernales, conducirá fatalmente la humanidad hacia el más profundo de los abismos.

Vanos esfuerzos de los que, confabulados en contra de la evolución y del pensamiento, quieren detenerle én su marcha, si la evolución fuése detenible; la Historia no constataría con los propios hechos, la desaparición de errores, atavismo, costumbres y dominios; los que abatidos por el soplo de la evolución y por el rugir del pensamiento, fueron segados y arrasados cual planta inservible de malos frutos.

Los que pretendéis afirmar que el «mundo siempre fué así y siempre lo será», permitidnos que hagamos desfilar una larga serie de consideraciones, todas ellas dedicadas a destruir absurdos de necios, déspotas y tiranos.

1.o Si el hábito y la creencia de los hombres fuésen inmutables, en ese caso la humanidad aun no habría traspasado el dintel de su infancia primaria, y si cambiando continuamente de hábitos, formas y prácticas, prosiguió el curso ascendente del progreso, del estudio y del discernimiento de las cosas, ¿cómo insistir neciamente en que «el mundo fué siempre así»?

Si la humanidad en la forma de sus relaciones y sistema social, pasó de los caciques a los campeonatos del arma blanca, y de ésta a los simples consejos formados por hombres ancianos y, de la degeneración de estos consejos a las oligarquías absolutas de la edad media, y sucesivamente al poder contemporáneo del clero y del Papa, cruzada en la cual se cobijó el poderío de los castillos feudales, las monarquías e imperios unitarios primero, y por último las repúblicas y las democracias socialistas.

Este cambio incesante de formas. desalojándose en el dominio, sustituyéndose unas por otras, ¿no significan una rotunda negativa respecto a que «el mundo fué siempre así»?

El comunismo de la infancia humana, el individualismo despótico medioval y la gestación de una idea de solidaridad en lo presente, «pueden autorizaros a decir que «el mundo fué siempre así»? La época de los párias, la travesía de los siervos, la cruzada de los esclavos y la existencia de los asalariados, ¿no se os figuran contínuos cambios? Y si en realidad son tales, ¿con qué cinismo puede sostenerse la no evolución en lo «del mundo siempre así»?

La humanidad con su infancia de semisalvajismo, con su despunte embrionario avanzando en dirección directa hacia el desenvolvimiento del progreso, del estudio y del análisis, hasta propulsar en nuestrtos días el más grande de los ideales por el perfeccionamiente de la especie y de la paz universal, ¿no se os figuran un entrelazado encadenamiento de hechos en consecutiva ascensión, transportando al hombre desde el barbarismo a la superación y elevación de sí mismo?

Si apesar de la indiscutible ignorancia porqué ha atravesado la humanidad, ha venido luchando, bregando y combatiendo hasta remontarse a la altura que le véis. ¿Cómo atreverse a suponer que éste sea el último peldaño en el que ha de eternizarse la especie, aún afectada de crueldad, bajas pasiones y mezquinos sentimientos? ¿O es que vuestros degenerados sentimientos sólo hallan satisfacción transmitiendo vuestras bajezas y no superando a la propia prole?

Si con mayor ignorancia y menos experiencia el hombre forcejó para elevarse a condiciones superiores, justo y lógico es creer que, poseyendo mayor capacitación no hay quien nos detenga en nuestra marcha, máxime teniendo en cuenta que encarnamos la defensa de la humanidad sufriente, propulsamos la palanca del progreso y somos consecución de la evolución misma.

Todas las ideas que dentro de las convulsiones históricas, hicieron su aparición en el escenario público y social, en su carácter de posteriores, (y por consiguiente reforzadas de más lógica y raciocinio), lograron substituir a sus precedentes, desalojándolas del concierto social y del dominio.

Somos los ulteriores en la aparición del ideal filosófico, aportamos un mayor caudal de experiencia, científicos conocimientos y propósitos; en ello ha de consistir el triunfo de la gran causa.

No puedo, no debo ultimar el presente, sin asestar un irrevocable golpe a la necia y malévola tergiversación que de la «Anarquía» se hace, en aquello de sostener, que anarquía es «desorden».

Comprendemos que la tal tergiversación sea hija de la ignorancia, cuando nó de la mala fé; el desorden no es menester ir a buscarlo en la «Anarquía», puesto que el desorden, incluso la tiranía, es un producto inherente a los sistemas de privilegio y desigualdad social, pero nunca de un sistema que cimente las bases de sociabilidad en la igualdad social y la solidaridad humana.

Esbocemos el «orden» del presente régimen, y qué entienden por «orden» sus sostenedores. Los violadores del derecho humano, por «orden» entienden que la servidumbre de todos los órdenes no rompa su habitual quietud, docilidad y mansedumbre.

Que aunque la prepotencia de los tiranos rebose, la víctima calle, y no eleve su voz de protesta, y, que si el productor es despojado de lo que produce, soporte resignadamente y se dé por satisfecho con la mínima parte que percibe a título de salario.

Que ante las frecuentes crísis económicas y paralizaciones del trabajo, las víctimas no tomen la defensiva ni provoquen rebeliones, porque serán sindicados de subversivos, sediciosos y serán ametrallados en plenas plazas y vías públicas.

Que aunque el desborde aplastante de los impuestos, tasas y gabelas aniquile a la clase menesterosa, no manifieste descontento ni recurra al desacato.

Que cuando la sed de conquista de los gobiernos, o el presunto «decoro nacional» ofendido, reclama el sacrificio de los subditos, que éstos corran sin hacer observaciones, a matar o ser muertos, y dejar sin amparo a la esposa y a los hijos.

Que ni aún a título de pueblos ultrajados, pueden las víctimas colocarse en actitud de defensa; que la servidumbre, víctima de la férrea ley salario, sea obediente y humilde ante sus señores, y en gratitud, bese con veneración sus plantas.

Que los parásitos de todas las clases y categorías, se regocijen en placeres y orgías, mientras los productores de toda la riqueza social, languidecen rodeados de miserias y necesidades.

Todo lo ennumerado significa «orden» para los que anhelan la perpetuidad de la esclavitud y la ignorancia, para los que detestan un avenir de iguales, en preferencia de un mundo de bajezas insultantes y privilegios inícuos.

Nos sentimos denigrados y empequeñecidos dentro de vuestro régimen de falsedades, engaños y tiranías; detestamos la explotación y la tiranía ejercida en el hombre por el hombre; por eso cultivamos y pregonamos el racionalismo científico y la gran patria del mundo entero; amamos a la Humanidad y luchamos por su libeiración.

Dentro de los reveses y sacudidas de la lucha social, sólo se sienten altivos y dignificados los que tienen plena convicción de ser los precursores del gran anhelo de la humanidad sufriente, su propia liberación.

Os esforzáis por detener a la evolución en su propia marcha, aprisionáis los hombres, pero la idea se os escapa: ni los campeones de la lanza en ristre, ni las oligarquías absolutas del medioevo, ni el «Santo Oficio de la Inquisición», lograron enclaustrar el pensamiento. Estudiamos, observamos y analizamos; por consiguiente nos reafirmamos en las pruebas indiscutibles e irrevocables.

Los afirmativos del vulgo siempre fueron la negación de la evolución en marcha, de ahí que nos sintamos fuertes e invencibles cual roca impenetrable, por ser la parte opuesta al repicar del vulgo «El mundo siempre fué así y siempre lo será»; «Que hacer si Dios así lo quiere y dispone». ¡Abajo la falsedad y la superstición por la salvación de la misma humanidad!

Gabriel BIAGIOTTI.

Materialicemos el ideal

Se necesita una profunda convicción del valor que el hombre representa como entidad pensante en medio del círculo de errores en que se desenvuelve para afrontar serenamente el duelo a muerte con los destinos impuestos por el pasado.

Para oponerse al empuje violento de los cierzos, soplando furiosamente en todas direcciones, es preciso la firmeza inconmovible de la roca, impertérrita, ante el choque impetuoso de la ola empujada por las furias del mar en las horas de tempestad.

Es que el alma ciclópea de los forjados para los combates épicos, solo vibra al rumor de las armas esgrimidas en lides redentoras, sobre la arena donde los robustos gladiadores de la idea, pechos al sol, realizan el supremo esfuerzo en pró de las conquistas definitivas...

Todo se agita, estremece y palpita en el inmenso laboratorio de la vida orgánica, respondiendo a la necesidad de la propia conservación; todo se mueve, vibra, ruge en la sociedad humana, obedeciendo a exigencias imperativas del progreso.

Vivir, progresar, es condición inherente al hombre que no ha renunciado a los atributos morales, por los que se distingue de la bestia.

Hacia horizontes infinitos proyecta luz ígnea el verbo de las rebeliones magnas, alentando ardorosamente en el seno de las muchedumbres, flageladas por el azote de los siglos.

No son un valor efectivo en el desarrollo ascendente de la vida, quienes se substraen a las nuevas contiendas bélicas, planteadas por los tiempos presentes para romper los eslabones de la cadena ignominiosa que nos une al pasado nebuloso.

No es una vida íntegra quien no suma su esfuerzo al esfuerzo colectivo en pos de la futura epopeya social que irradiará de luz inmarcesible las páginas de la historia, manchadas con la sangre de miriadas de víctimas inmoladas al error y al interés bastardo.

Son vidas completas aquellas que ejercitan sus facultades creadoras en el servicio de un propósito elevado.

El ideal no es empírico ni metafísico. No vive en el pasado ni el futuro. Es actual y tangible. Se materializa en acciones fecundas de expansión psicológica; en voliciones del alma que, conmoviendo el espíritu colectivo, lo incitan a las acciones decisivas por el triunfo de la justicia social.

Contra el arcaico rutinarismo mamotreto de formas hechas, un derecho se afirma, sin sanción legal ni tradicional, del hombre libre: el de la acción ámplia como síntesis concluyente de una fuerza nueva dispuesta a producir una revolución transcendental en la historia.

Cuando se vive en el reino de la hipérbole trazando formas vácuas para el porvenir, se distrae la atención de los problemas palpitantes de solución inmediata, con riesgo grave de que la reacción nos arrastre por cauces profundos. Además, se traiciona el ideal, que no sabe de contemplaciones. Vive por la acción sempiterna y se acomoda cuando la lucha no lo materializa en hechos contundentes.

Si es estrecha la órbita trazada por la historia para desenvolver nuestra acción, aquí estamos, prontos para ampliarla.

A nadie pide el mar permiso para lanzarse en trombas sobre las playas, n ila nube para inundar de agua la tierra.

Vuelquen nuestras antorchas deste-
Fulguren nuestras antorchas destemundo para ahuyentar las sombras funerarias que proyectan sobre él tristeza de necrópolis.

De guijarros agudos está cubierta la ruta. No importa: avancemos.

Para eso llevamos en las frentes anchas, que el sol tostara en siembras fecundas sobre dilatadas llanuras, una estrella que reverbera el camino.

Y para eso los ideales son algo más en nosotros que una mera palabra encubridora de cobardías.

José M. ACHA.